



Este es Alfonso XII en el Retiro, no S. Fernando

Cuiles

REVISTA LITERARIA

Ayuntamiento de Madrid

INDICE

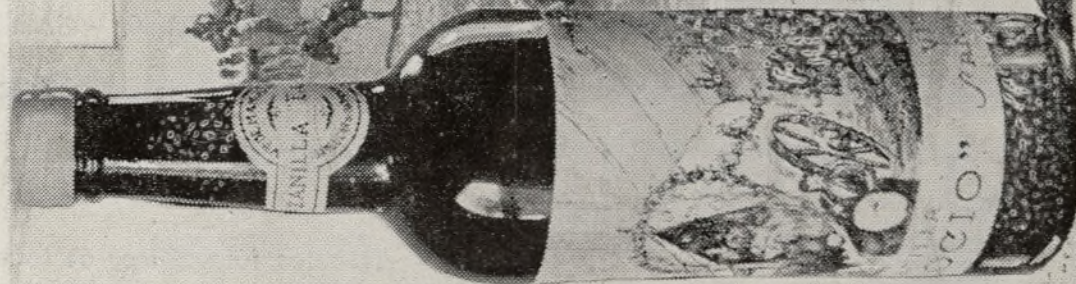
PORTADA: Estatua ecuestre de San Fernando . . .	<i>E. del Pino.</i>
NUESTRA PAGINA DE HONOR: El ciprés de Silos .	<i>Gerardo Diego.</i>
El mejor artículo del mes: QUE DIOS NOS NIEGUE EL DESCANSO.	<i>Ramón Serrano Suñer.</i>
AHORA...	<i>Jesús de las Cuevas.</i>
Trozos de un libro: CARTAS DEL MAESTRO JUAN DE AVILA	<i>José de las Cuevas.</i>
AUSENCIA (A Eduardo Lloset)	<i>P. Pérez Clotet.</i>
CUANDO RAMIRO DE MAEZTU PREPARABA SU PRIMER LIBRO	<i>María de Maeztu.</i>
FLECHAS DEL MAR	<i>Alejandro Echaide.</i>
EL AMIGO MUERTO (Al poeta Adriano del Valle) .	<i>Juan Ruiz Peña.</i>
«NUESTRA ENCUESTA» Juan Ruiz Peña.	
A JOSE ANTONIO EN POSTUMO ITINERARIO ENCENDIDO A TRAVES DEL PECHO DE ESPAÑA	<i>F. de los Ríos y de Guzmán.</i>
PERFIL DE LA LITERATURA COLOMBIANA , .	<i>Fernando de la Vega.</i>
UN ARTISTA DE SILOS.	<i>Juan Cristóbal Martínez.</i>
EL CERCO DE MADRID Y LA INFANTA DOÑA ELVIRA.	
LA LUZ EN LAS RAMAS DESNUDAS.	<i>Juan Miranda.</i>
EL ABETO.	<i>M. Garzón Gallego.</i>
ALDO PATOCCHI, XILÓGRAFO MODERNO. . .	<i>Alberto Sartoris.</i>
Estudios: EL P. LUIS COLOMA: Su vida en el siglo .	<i>Manuel Chacón Sánchez.</i>
JOSE ANTONIO.	<i>J. Muñoz San Román.</i>
ROMANCE DE DON LUIS. Versión de Villaluenga del Rosario (Cádiz).	<i>P. Pérez Clotet.</i>
LITERATURA ARGENTINA	<i>Elena Duncan.</i>
BIBLIOGRAFIA	<i>Luis de Barja.</i>
«REVISTA ALEMANA»	
«LAS FIESTAS DE SEVILLA»	
«EL MAGISTERIO ESPAÑOL»	
ACUSE DE RECIBO	

27

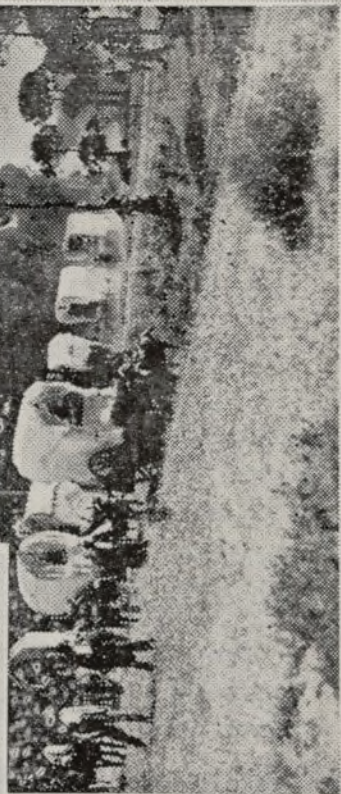
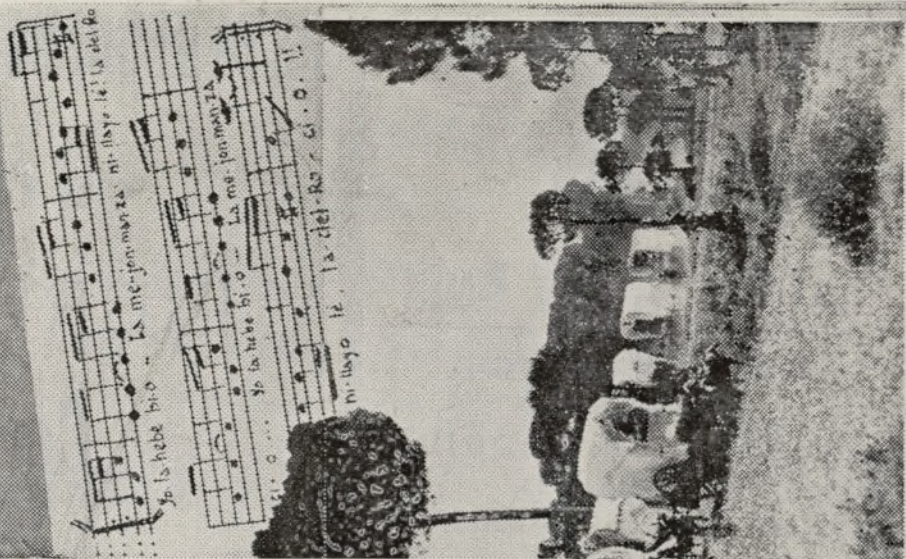
DICIEMBRE

1 9 3 9

MANZANILLA "EL ROCÍO" - VDA. DE MANJON - SANLUCAR DE BARRAMEDA



Yo la he bebío,
la meión manzanilla
y, tolél,
la de «El Rocio».
Solera.





"La Unión y El Fénix Español"

Compañía Española de Seguros

FUNDADA EN 1864

Domicilio social: MADRID

Calle ALCALÁ, n.º 43.

(EDIFICIO DE SU PROPIEDAD)

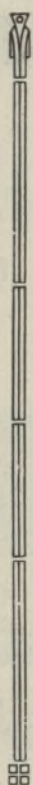
SEGUROS de Incendios, Vidas, Rentas vitícolas, cosechas, transportes, accidentes y otros ramos.

Subdirector para CÁDIZ y su provincia:

RAMÓN GARCÍA BLANCO

Cánovas del Castillo, 26.

Teléfono 1448



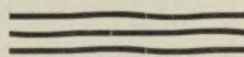
ESTABLECIMIENTOS

Cerón

Y LIBRERÍA

Cervantes

-- S. L. --

CADIZ 

Miguel Martínez de Pinillos

CÁDIZ

Servicios regulares de Motores-

Fruteros de Canarias para el Norte

- - y Levante de la Península. - -

Línea de Cabotaje y Gran Cabotaje.

DIRECCIÓN DE LA EMPRESA: PLAZA GENERALÍSIMO FRANCO, 6. — CÁDIZ

J. FIALLO



Aviador Durán González. - JEREZ

Trabajos fotográficos de todas
clases. ::: La más visitada.
TALLER PARA AFICIONADOS

Ayuntamiento de Madrid

Asociación de Armadores de Buques de Pesca

DE CÁDIZ

Desenvuelve todas sus actividades
-- en régimen cooperativo puro. --

Rafael de la Viesca, 4.



TELÉFONOS 2606
2553

C A D I Z

Bobadilla y Cía.

Bodegas de Manuel Fernández y Cía. S. L. - Jerez

COÑAC BOBADILLA

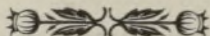
¡Pruebe y Compare!

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

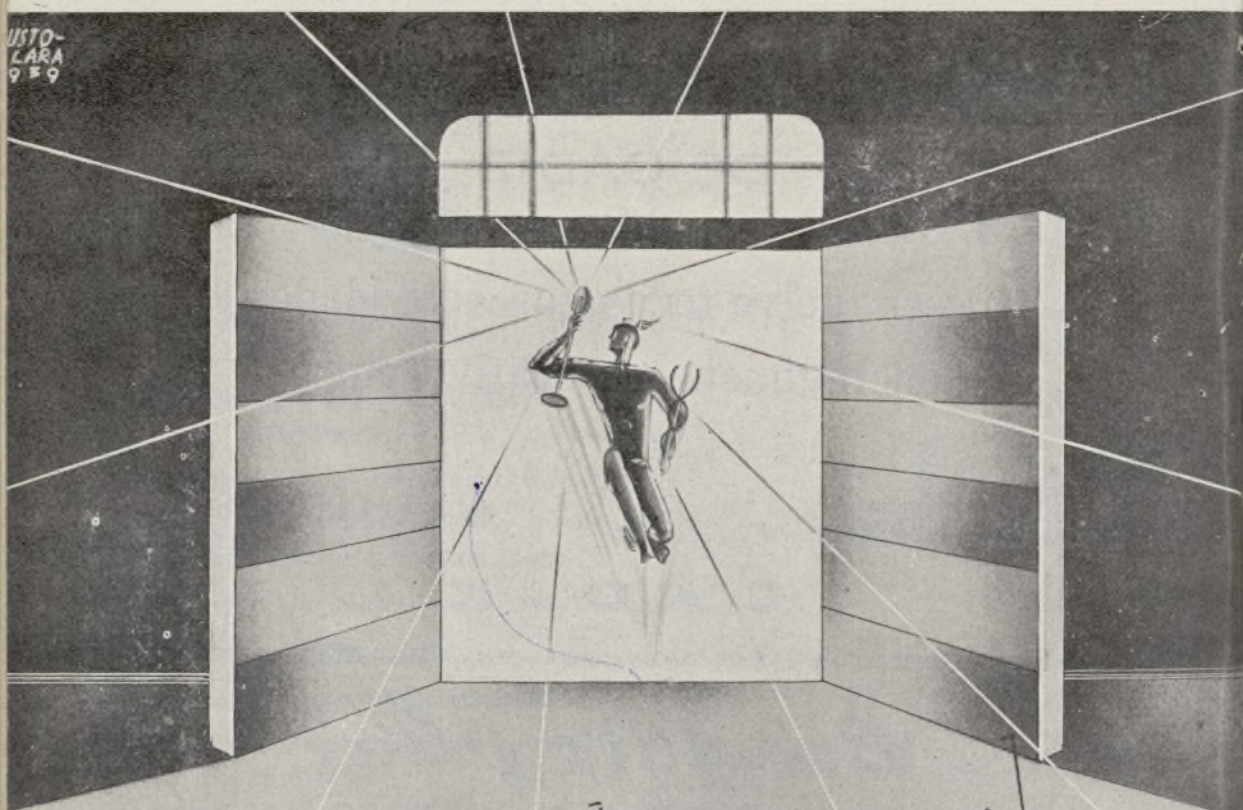
CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica.



Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Teléfono 1928

Ayuntamiento de Madrid



Una puerta abierta al comercio español

Intercale su propa-
ganda en los pro-
gramas de

RADIO JEREZ

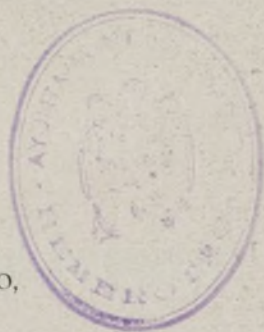
que es oída dia-
riamente por más de

2 000 000
personas

Ayuntamiento de Madrid

Nuestra página de honor

EL CIPRÉS DE SILOS



Enhiesto surtidor de sombra y sueño,
que acongójase el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza,
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño,
flecha de fé, saeta de esperanza.
Hoy llegó a tí, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te ví, seño, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.

Gerardo DIEGO

Ayuntamiento de Madrid

A través de la tierra seca y dura de Castilla, José Antonio ha llegado a su descanso definitivo del Monasterio de El Escorial. A su paso, la gente campesina que en las horas difíciles anteriores a la Cruzada, sintieron la voz militar y profunda del Fundador de la Falange, ha rezado fervorosamente al filo de las madrugadas pías, entre las hogueras abiertas a un campo infinito. Ha sido ésta la máxima lección de la liturgia sobria y viva de la Falange. La Jerarquía del Estado ha sabido entender hasta lo más hondo, el fervor que el pueblo siente por la figura y la obra de José Antonio, a quien sigue con verdadera esperanza, por todas las dificultades de cada día. José Antonio ha sido entronizado en el centro mismo de la Patria, como ha escrito Julián Pemartín en reciente crónica inolvidable. Entronizado en medio de nosotros. En nuestro corazón, para que sea imposible el olvido, y esté frente a nosotros, en la hora del desaliento, como una fuerza magnífica que nos haga perseverar y seguir, soñadoramente, hacia el final de nuestra tarea.

Viejas centurias combatientes, camaradas antiguos de la primera hora, recientes aún en sus yugos el último viento de las trincheras, llegaron de todas las ciudades, para sentir en sus hombros la alegría del cuerpo suyo, que se dió, infatigable, a la predicación y al ejemplo. Rosarios de penitencia rezados, contra el frío, junto a la liturgia católica de los salmos y las invocaciones, camino adelante, tierra adentro de Castilla... No han sido sus restos, porque José Antonio es la unidad irrompible, íntegra y ancha, definidora de un nuevo orden político y, sobre todo, de un nuevo orden moral. Coincidimos con la palabra justa de Sánchez del Arco: «A hombros de la vieja guardia falangista, pasaba, no un hombre, sino una teoría.» Más aún: Una teoría cumplida en todo, y cada uno de sus puntos. Hacia el ejemplo de su vida y de su muerte, han de ir nuestros brazos. Alegres y resueltos, con la frente alta y tranquilo. Seguros de que José Antonio nos ha señalado el camino que conduce a la severidad absoluta del espíritu.

No queremos el descanso. Está contra nuestra decisión de vencerlo todo. «Hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra su muerte.»

cauces

Que Dios nos niegue el descanso

Desde Alicante, lugar de su martirio, hasta la piedra de El Escorial, donde descansan, el traslado de los restos de José Antonio se ha producido, a lo largo de media España, en una línea de autenticidad sin quebradura.

¡Así pasaron, en diez jornadas funerales, por los caminos llenos de luz de Levante y las llanuras sin límites de Castilla y de la Mancha—tierra y cielo absolutos de los que él habló—en las horas del día, bañadas del buen sol de otoño, y en las noches heladas y claras que cubrieron de escarcha las filas apretadas de camisas azules formadas en la ruta.

José Antonio fué, todo y siempre, autenticidad; mientras vivió y cuando, sin un solo gesto de nerviosa y falsa arrogancia, esperaba la muerte con aquella serena paz de su espíritu que le permitió despedirse de nosotros en los términos conmovedores de su testamento, y de sus últimas cartas, ya preparado a comparecer ante Dios Nuestro Señor, y conservando toda su verdad de hombre, que le hace decir que nunca es alegre morir a su edad.

Él, con quien la vida tan pródiga era, la ofreció—y la rindió—a la idea de una Patria mejor, en tiempos en los que el heroísmo era singularmente difícil, porque sólo podía producirse entre riesgos y sanciones y no tenía posible encuadramiento en un sistema de ofensiva poderosamente organizado, con las colaboraciones que ofrecen la compañía y el ejemplo en medio del general cumplimiento del deber, ya por puro impulso moral, ya por la coacción eficaz de las tesis penales de un Código.

Y al resolverse a entregar la vida joven a su inmensa idea de la Patria, seguro estaba de que no cosecharía ninguna recompensa para su personal disfrute, porque sabía que la hora de los premios, de la justicia tardía y de las alabanzas, las campanas y los redobles de tambores recogerían el eco profundo de su sacrificio.

Porque así fué, a las observaciones que se hicieron sobre que esta hora de España, todavía difícil, no fuera la mejor para hacer el traslado, opuso la Junta Política la consideración de que no interesaba en él lo fácil ni lo aparente ni nada que no tuviera en la realidad su más exacta correspondencia. Quisimos que el pueblo español, sin falsas apariencias ni preparaciones artificiosas, mostrara al paso del despojo mortal de José Antonio la verdad que dentro de sí llevara, y la que dentro llevaba era ese espectáculo conmovedor e impresionante que en todos los caminos y en todos los lugares nos ha ofrecido.

Y así ha sido en este Madrid donde él predicó primero las grandes verdades de España a una España falsificada y envilecida, y donde padeció la iniciación de su calvario. Era esa Cárcel Modelo—llena de dolor y de recuerdo—por donde ayer pasamos. (En la plaza de la Moncloa, sin otra convocatoria que la del corazón, ¡cuántas mujeres vimos ayer congregadas junto a los muros de la prisión, de aquellas que todos los días allí llegaban—estremecidas—cuando era checa máxima de Madrid!)

Importa mucho hacer a todos notar que la profunda actitud de la capital ante el cortejo no la ofrecía un pueblo históricamente tornadizo o miserablemente adaptado (como pueden charlar gentes atolondradas, que nada saben ni entienden de la que fué); allí estaba físicamente de rodillas la España dolorosa; la que ha padecido el mayor sufrimiento que la Historia registra; y allí, el paso de José Antonio, símbolo de la pureza heroica de una juventud como él, sin ambición ni afán pequeños, lloraba la madre al hijo, y el hermano al hermano y la novia al camarada a quien bordó la camisa que le sirvió de mortaja. Igual fué en la cadena sin fin de Rosarios rezados por el Clero en todos los altos del entierro, donde, con él, pedimos por todos los Caídos por Dios y por España.

Cierto que, junto con aquella gran zona fervorosa, hubo también en las calles de Madrid otras gentes que fueron neutras o cómplices en los crímenes de la revolución roja; pero, asimismo, estaban sobrecogidas ante el mensaje del héroe joven cuya vida abatieron cuando luchaba por devolver a España su destino y porque fuera Patria de todos y a ninguno regateara el pan ni la justicia.

Aquella actitud de todas las gentes era fervor y dolor; pero significaba también promesa y exigencia. Juramento de seguir tan alto ejemplo y de servirlo con la vida hasta la muerte. Significaba la convicción en lo popular de que el inmenso sacrificio de España sólo tiene lícita desembocadura en una empresa nacional y no en cualquier absurda y oportunista especie de «neomonrismo», que interior o exteriormente pudiera formularse en cuanto a la posesión de España, para alzarse con el patrimonio de todos.

Un grave silencio de muerte a todos traía el recuerdo—y a muchos el remordimiento—de una día terrible y decisivo en que, saliendo al paso a la extrema avanzada de la antiEspaña, un soldado, hecho a las más duras pruebas de la guerra, puro en el amor y en servicio de la Patria, en la hora crucial de la Historia acudió a su llamada, y con la preparación que le dieran trabajo y estudio pudo afrontar los grandes problemas que planteó, con apremiante urgencia, la improvisación de un Ejército poderoso, enmarcado en la aptitud de sus cuadros profesionales el espíritu y el esfuerzo victorioso del pueblo. De este tremendo pueblo español que ahora ha mostrado muy claros sus sentimientos, y que tan bien entiende las formas y las ideas mejores de la Falange, que, sobre todo él, actúa su poder de contagio y proselitismo.

Ante tí, José Antonio, renovó anteayer la juventud española, inasequible al desaliento, su propósito de luchar y vencer las resistencias que se opongan a tu gran ambición. Bien sabemos que los grupos más visibles y con los que a diario tropezamos, no son el pueblo; son los mismos con los que tú tropezaste. Son aquellas gentes que quisieron desconocer tu esfuerzo y la calidad y el alcance de tu pensamiento. No nos importa su presencia, como tampoco la de una turbia floración de demagogos fáciles—que seguramente no habrán de faltarnos—, y que a tu verdad cierta, rigurosa y exigente, pretenderán oponer postulados más cómodos y halagadores, y mentirán, con palabrería confusa, en especulación inmunda, metas más ambiciosas. Pero como árbol evangélico, por sus frutos los conoceréis, porque en sus torpes afanes encubrirán malamente una realidad inferior, que no será nada sino humo disipado entre falacias.

R a m ó n S E R R A N O S U Ñ E R

Ahora...

Ahora que el sol se mueve como un pandero viejo
con el que juegan niñas coronadas de viento.

Ahora, que las campanas se buscan su Domingo
con la tarde que quiere proseguir el martirio.

Ahora que el Greco anda por tapias de novicias
entre un rosario largo de grises letanías.

Y levantan las copas los árboles del río,
y se mueren mirando en el agua los mirlos...

Ahora, porque sí, sin más, porque lo oigo
está tirando al fondo, flores mustias, un niño.

J e s ú s D E L A S C U E V A S
Ayuntamiento de Madrid

TROZOS DE UN LIBRO

Cartas del Maestro Juan de Avila

I

El varón sabio es fuerte; y el varón docto es robusto y valiente.

LOS PROVERBIOS.—Cap. XXIV, Vers. 5.

Las palabras de la boca de un sabio son gracias.

EL ECCLESIASTES.—Cap. XI, Vers. 12.

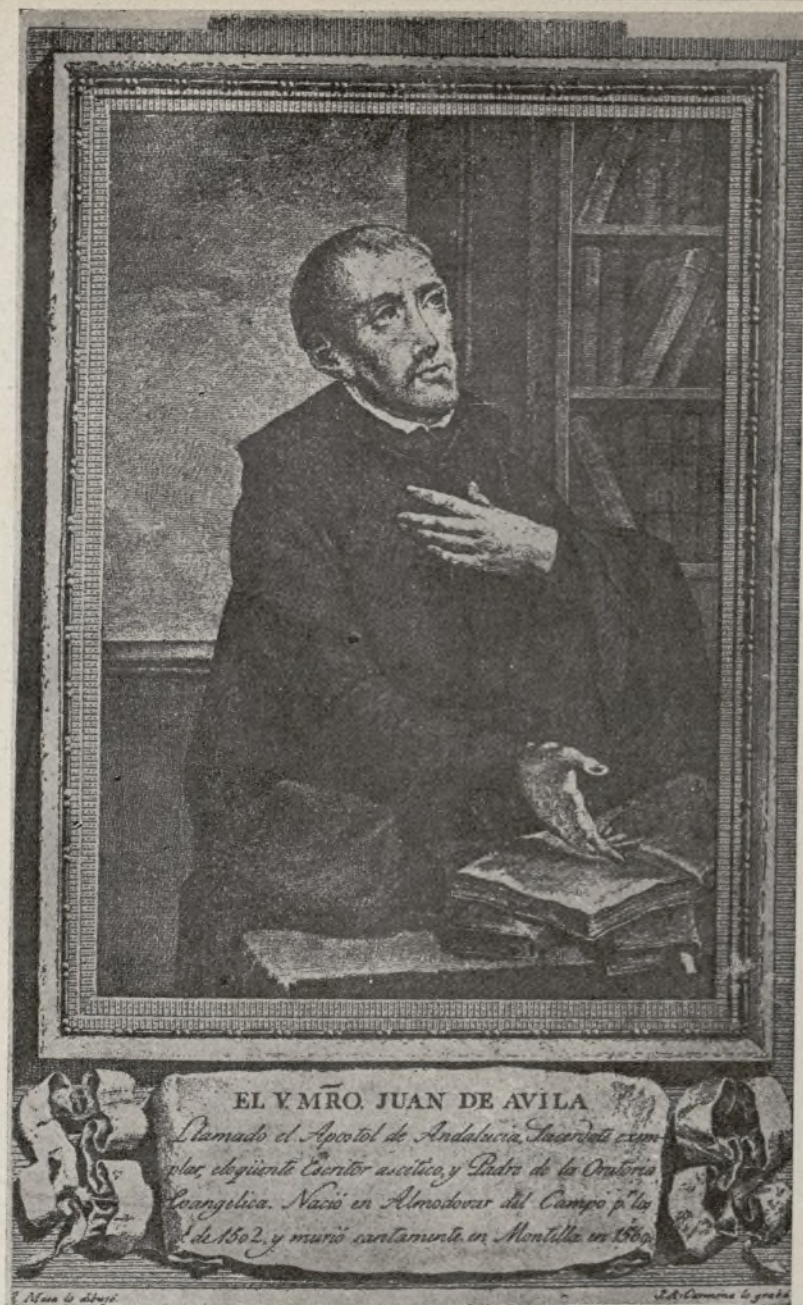
De esta colección él ha creado sus propios personajes. Es un vasallaje tan admirable, tan continuado a sus cartas que él modela la vida cuando quiere. Nunca ha habido un caso así de luchador de náufragos a distancia, por T. S. H. de letras azules sobre una cuartilla. Los personajes juegan en torno de él y él adivina muchas veces sus gestos y se adelanta. En ciertos momentos, Juan de Avila es algo así como un adivino que moviera los muñecos de carne con un guiño leve de los dedos.

Juan los quiere como hijos suyos. Es como la paternidad artística porque él les ha dado el improntu celestial, el tamponazo a los pasaportes estelares para que puedan marchar por el destino. Los quiere tanto que muchas mañanas siente en el corazón la mordedura de la telepatía y les escribe velozmente cartas salvavidas, cartas de práctico donde se insinúan las rocas agudas y las aguas demasiado bajas.

En la vida manoseada, confusa, manida, si quieres, de Juan de Avila lo sorprendente son las sombras. Las sombras que crecen, que se alimentan de la silueta, y que luego él maneja desde lejos confiadamente, artesanamente, por un milagroso telégrafo de cartas.

Un ejército de fantasmas espirituales le rodea esperando su parte diario para avanzar. Espectros descoyuntados se levantan cuando él roza simplemente las telas heladas de su epistolario. Cuando su muerte en esa tierra amarilla de Priego, se debió reproducir en el trasmundo el minuto en que echan el telón en los teatros Piccoli y los muñecos se desmoronan. Centenares de trenes espíritus descarrilarían faltos del empuje avilesino, estrecho, transparente y fatal con las dimensiones de un papel de carta.

Yo aseguro que no hay nada parecido en ninguna literatura del mundo. Ni aún en la de nuestros místicos, que como vimos antes también escriben cartas espirituales. Teresa de Jesús escribe cartas rápidas. San Juan de la Cruz por necesidad, solo Juan de Avila las escribe forzosamente, trágicamente, porque les va



en ellas la mitad de la vida. Sus hijos. No hay cartas más íntimas, ni tampoco más generosas. Como están escritas con ese sentido terrible de la tragedia latiendo, las cartas viven desnudas de lo particular: van directamente al problema táctil, tremendo, y la pasión no deja sitio a lo anecdótico. Por eso precisamente son cartas mundiales, cartas que como el Kempis pueden abrirse por cualquier ángulo, rizando las esquinas, con la seguridad de hallar la salvación en cada caso.

El les ha dado además su vida. Son tan hijas suyas, tan casualmente descendientes de su sangre, que conservan la herencia de su biografía que es como conservar el testamento de lo único que puede dejar el hombre sobre la tierra.

Ayuntamiento de Madrid

Granada confiesa que ha tenido que cazar la vida del Maestro Avila «mayormente en sus cartas » Muñoz resalta también la existencia de esta biografía despedazada en «algunos pedazos de las cartas.» Fernández Espino habla también con su estilo romántico: «de las cartas que retratan al vivo su hermosísimo corazón.»

Pero aunque la táctica pegajosa de copiar haya dado ese término común de crítica, los datos exteriores y objetivos de Avila son bien pocos en sus cartas; más bien bulle en todas ellas la otra biografía, la biografía obscura con doble fondo, una casi geografía física de los nervios telúricos que unen las sombras con la carne.

II

«Mi lengua es pluma de un escribano que escribe muy aprisa.»

PSALM. XLIV.

«El corazón de los sabios está en donde hay tristeza.»

EL ECCLESIASTES.—Cap. VII, Vers. 11.

¿Cómo escribía Juan de Avila?

Más de doscientas cartas componen el epistolario de la edición definitiva, añadidas las cartas desconocidas publicadas por Fernández Montaña y por el P. Mi-guélez en su Ciudad de Dios.

No hay duda que el tiempo no nos ha dejado ni la tercera parte. Juan de Avila debió escribir sumando sus amistades espirituales incalculables, centenares de cartas. Sus biógrafos hablan de «un ovillo hincado en clavos a trechos en la pared, con los títulos de las personas y ciudades de donde le escribían.» El mapa único va extendiéndose cada vez más. Los hilos saltan a la toma de ciudades misteriosas. Juan de Avila se multiplica. Los dedos corren sistemáticamente y las cartas se escriben una detrás de otra, cambiando de estilo, de manera de atacar, de tratamiento en cada una. Es como diez partidas de ajedrez en un mismo cerebro. Las fichas se mueven todos los días a cualquier hora sobre tablas lejanísimas; en una mueve los alfiles en cabalísticas disquisiciones teológicas y en otra avanza los caballos a saltos de metáfora, con valor de capitán que gana siempre.

Espontáneamente. Es una vista más para allá de los signos, grafólogo del cielo para hallar las líneas de la vida y la muerte que se descubren siempre en esas palmas cerradas de las letras. Muchas veces el correo espera la contestación. La gente se maravilla. «Espanta la facilidad y presteza con que estas cartas se escribían.» Son problemas que van a decidir el rumbo de una vida. Juan no duda. Escribe. Escribe. Dobla la carta sin leerla siquiera. Es la seguridad fatalista del que se siente iluminado. «No le costaba más trabajo que de la primera mano.» «Hemos hecho como niños entre vosotros y como un ama que cría y regala sus hijos, amándoos con tan grande amor que quisiéramos ofreceros no sólo el Evan-

gelio, sino también nuestras vidas por la grandeza del amor que os tenemos.»
Escribe S Pablo (1)

«A quien quisiere ser padre conviene tener un corazón tierno y muy de carne para tener compasión de los hijos, (lo cual es un gran martirio) y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da; porque no derriben al padre o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar...» dice el mismo Juan de Avila. «Dominus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare erum qui lassus est, verbo » El Señor me ha dado una lengua discreta para que sepa yo con mis palabras sustentar a los flacos para que no caigan... (2) «Desta manera consuela a los tristes, anima a los flacos despierta a los tibios, esfuerza a los pusilánimes, socorre a los tentados, llora a los caídos, humilla a los que de sí presumen...» traduce y escribe Fray Luis. Botica su celda, gentes de toda la tierra van a consultarle. Don Pedro López, médico de Carlos V, vino desde Alemania—una gran calle de árboles románticos y de paredes grises desemboca a la Catedral de Worms; fortaleza de Reinfelds; agujas góticas de San Lorenzo en ese cielo gremial de Nuremberg; muchas puertas enormes en la plaza hotelera de Ratisbona con ángeles metálicos por veletas; cielo tormentoso en Wurzburg—para «ponerse en sus manos.» Teresa de Jesús deja, como veremos más adelante, su mejor libro a su crítica. Arzobispos le preguntan. Futuros cardenales le inquietan. Don Pedro de la Cerda, primer indiano mozo y gastador, trunca la vida por su consejo. Matrimonios estériles le piden la fecundidad El les lee la buenaventura celestial a todos y a todos les encuentra el camino que ellos no vieron nunca. Tiene mirada de lince de almas y tasa los espíritus como diamantes con rapidez de experto que no se equivoca nunca. La oración es su diccionario, su libro de sinónimos. La celda huele a tarea. Inclinado sobre la tarima de pino, San Juan escribe, escribe; divino amanuense para hacer solicitudes al cielo. El sabe que penitencias romperán la amargura interior, que jaculatorias despejarán la ruta. Maneja la Biblia como si la tuviera toda encasillada en esos escritorios de carey y de nácar de Indias y guardara un cajoncito de caoba para cada daño espiritual.

Sin descansar. A cualquier hora. Es su norma. Una norma ignaciana, jesuítica. (Por algo él fué jesuita fundador, sin serlo.) Era la salvación de un alma. Cerca ya de la muerte las cartas deben sumar montones. Es como una doble vejez porque él se ha entregado dos veces poco a poco, hora a hora, en la vida y en las cartas. El mapa debe dar la vuelta por la habitación. Esta es mi gloria de predicador—decía cuando le llamaban a media noche, a cualquier hora. «...Cuando acertaba a venir alguna persona (aunque fuese de baja suerte) estando él comiendo, se levantaba de la mesa a oírla.» Yo no soy mío—decía—sino de los que me necesitan.

(1) Thesalónica II.

(2) Isaías, L.

AUSENCIA

A Eduardo Lloset

*Por qué Guadalquivir de hondos jazmines
llegas a la amistad, al claro aliento,
trino de chopo y vid, en juramento
de no dejar la flor de tus jardines.*

*No, no es verdad que el cielo que defines
—un giraldillo azul en cada viento—
tenga una rosa errante por lamento,
sólo un alba sonora por confines.*

*Ensanchando te vas, vuelves, el cielo,
por las altas barandas estivales,
donde cuajó tu verbo, tu armonía.*

*Dínos tu luz, más pura tras el velo,
tu rumbo de morenos madrigales,
por fe de tu portátil mediodía.*

P. PÉREZ CLOTET

Ayuntamiento de Madrid

Cuando Ramiro de Maeztu preparaba su primer libro

Bilbao, 31 de Diciembre, 1895. Un mozo alto, delgado, cetrino, que apenas cuenta veinte años de edad, entra en la breve pieza que le sirve de cuarto de estudio. Viste capa de paño azul, tipo español, con embozos de terciopelo verde que tiñe de palidez el rostro. Cubre su cabeza un amplio sombrero de fieltro y lleva en la mano un libro encuadernado en piel. Le acompaña una muchachita de diminuta estatura, que le mira con esa admiración única que ponen los niños en el hermano mayor que tiene fama de talento. El muchacho se sienta junto a la mesa, abre el libro y comienza a leer. —¿Qué es eso?— pregunta la niña. —¿Qué dice? ¿De qué trata?

Sonriendo, como quien sabe que no le van a entender, el joven contesta:

—Este libro señala el Camino, la Verdad y la Vida.

—¿La verdad? ¿No dijiste ayer que todos los libros dicen mentiras?

—Los que nacen en la fantasía del hombre, sí. Este, no. El hombre va tejiendo con palabras la mentira desnuda de su vida. Pero este libro es el

único que dice la verdad. La verdad por cuyo testimonio han muerto los hombres y seguirán muriendo.

Por los amplios ventanales de la habitación desnuda entra la luz de la tarde. A lo lejos se percibe el paisaje de la villa, los tejados grises, las chimeneas de las casas, el humo de las fábricas. El muchacho cierra el libro y mira tras la ventana con honda melancolía. En Bilbao, la fiebre del negocio que niega el descanso ha creado un tipo de ciudad moderna que desconcierta al forastero, al *maketo*, que llega de Castilla. Sus hombres activos, entregados a la lucha por la conquista del dinero, sin otro afán que el de dejar de afanarse un día, viven una vida intensa, frenética, mantenida por la ilusión de poseer una finca junto al mar, una mujer lujosa y un balandro de recreo que infle sus velas al viento. Una marea de oro entra por la ría y enriquece a las gentes. La siega de montañas en la re-



gión minera va dejando un tesoro al borde del muelle. Se concibe la admiración de Plinio. «En la parte de la marítima Cantabria que baña el océano se alza un alto y escarpado monte, jcosa maravillosa!, formado enteramente de hierro.» A la derecha de las minas, el mar inacabable que hace soñar al muchachito del puerto con un mundo nuevo que hay en la otra orilla. Lo que aquí no se consiga se puede alcanzar allá. Basta con adquirir esas fuerzas viriles que son el alma de la villa plutócrata: orgullo, ambición, tenacidad.

La evocación de esa verdad por la que los hombres mueren ha dejado en el joven una grave preocupación. Tiene temperamento de escritor. Ha emborronado unas cuartillas y publicado unos artículos en los diarios locales. Pertenecce al grupo de la juventud rebelde, que no se conforma con la España que los políticos y oradores han ido tejiendo a lo largo del siglo XIX. Tiene, como Nietzsche, cuyos libros devora, otra idea de la patria. La patria no es sólo la tierra de los padres, sino la tierra de los hijos. Es, además de lo pasado y lo presente, algo que todavía no existe y que nosotros hemos de labrar con nuestras manos. Es tarea a cumplir, acción sin descanso, deuda que contraemos al nacer, por el hecho de haber nacido, y cuya paga es la muerte. Ha pasado sus años de adolescente, años atormentados, en Cuba, y ha traído de allí la íntima convicción de que muy pronto España va a perder el último dominio que le queda al otro lado del mar.

En su mente empieza a brotar la idea que será luego signo y seña de la generación del 98: España es el problema y Europa la solución. Es, pues, un joven europeizante que sueña con una España mejor. Mientras trabajaba en Cuba, de sol a sol, en el ingenio de su padre, ha sentido en el rostro la vergüenza de verse humillado por el hecho de ser español. Y ha sentido el anhelo de que Europa no empiece en los Pirineos, sino en Cádiz y Algeciras.

Ha caído la noche, el muchacho se levanta, sacude violentamente sus manos, se agita, mide con sus pasos la estancia, se sienta de nuevo y comienza a escribir. No sólo en su espíritu, en todo su ser percibe la contienda de estas dos ideas: Europa y España. Ambas se presentan como dos mundos cerrados, sin posible comunicación y enlace. ¿Cómo hermanarlas? ¿Cómo hallar la fórmula que reduzca esta antinomia? Una vez más aparece en la historia, entre las generaciones nuevas, el conflicto entre Europa y España, y hay que hallar su solución. Europa es occidente, es camino sin llegada, es la duda como método de investigación científica, es el Renacimiento que rompe con la Edad Media y pretende anularla; es la reforma que permite el libre examen en el mundo suprasensible de la fe; es la crítica del conocimiento; es la revolución que proclama los derechos del hombre y anuncia el triunfo de la libertad. Es el positivismo y la interpretación materialista de la historia.

España es también occidental. Pero fiel a su destino, no ha renunciado a ninguno de los siglos de su historia. Durante ocho centurias los pueblos orientales dejan en su suelo una huella imborrable. Ahí está en sus gestas heroicas, en su romancero, en sus canciones populares. ¿Será posible reducir esta raza hispana inyectando en su sangre la idea de Europa? El anhelo de Goethe de convertir lo imposible en posible renace en cada nueva generación. ¿Será posible anular las íntimas esencias de este pueblo sin paz? ¿Será legítimo intentarlo?

La noche santa

No la debemos dormir
la noche santa,
no la debemos dormir.
No la debemos dormir
la noche santa,
no la debemos dormir.
La Virgen a solas piensa
que hará
cuando al Rey de luz inmensa
parirá,
si de su divina esencia
temblará,
o qué le podrá decir.

Fray AMBROSIO DE MONTESINO

A l e j a n d r o E C H A I D E

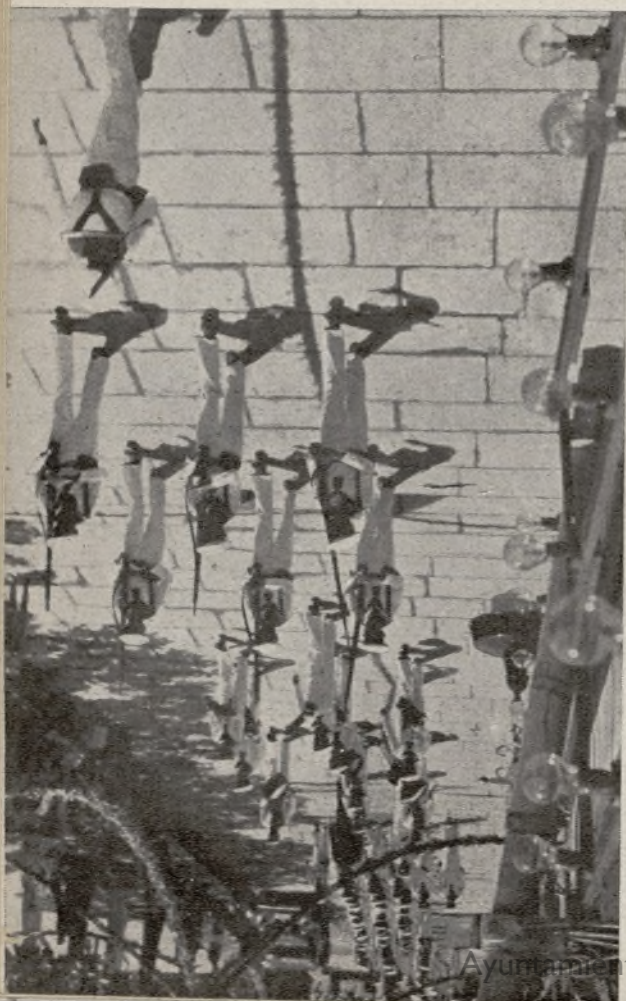
nos de la Gloria y de la Muerte, se dieron a Dios, sin regateos de sangre y de sacrificio, iban ocho flechas, clavados ya en el corazón de Cristo, desde el arco de fuego de aquella febril y dura madrugada del 6 de Marzo. Más rápida no ha podido ser la enseñanza ni más perfecto el examen de aptitudes varoniles. Ellos—niños, al fin—han sido como ocho flores de la Primavera Imperial. ¡V mirarian las estrellas—esas estrellas agudas, frías, extáticas de las dos de la madrugada, tan altas, Señor, tan claras—con sus brazos extendidos, llenos de espuma y de sangre, rígidos del amor de Dios, en la solemnitad espartana de Muerte, amoroso tránsito de la vida terrena a la Vida de los siglos sin contorno, a la vida del tiempo sin tiempo, de la música excelsa y penetrante sin compases ni paradas.

Por España, ellos saben cantar y disciplinarse, a la hora exacta y espléndida del esfuerzo. Y sobre todo: ganan la fe y la alegría—tanto tiempo perdidas por la juventud española!—en un mar sin límites, cuyo rumbo providencial y divino nos dió una tierra nueva.

la alegría de la vida marinera: severa, amplia y patriótica confirmación del ejemplo de nuestra gloriosa Marina Nacional, cantera inagotable de mártires y de héroes, sembradura angustiosa—¡oh dantesca inmolación del «BALEARES»!—de inmortales destinos, capaz de haber dominado, con un abrazo de fuego, las costas lloradas de nuestro Mediterráneo, y de haber puesto en el Estrecho la bandera única, como un grito eterno de libertad y de gloria. Esos «flechas navales» que ya van agrupándose a lo largo del litoral de la Patria, son el símbolo escueto y sagrado del sentido profundo y grave que tienen de la vida los hombres de la nueva generación. Hay que incluir—de lleno, de súbito, del todo—en la sangre nueva de España el amor a la disciplina militar, porque este sentido alto de nuestro estilo, junto al religioso, son los dos únicos modos «enteros y serios» de entender la vida—como dijo José Antonio.

2.—Guion

Desfile de Flechas Navales en Palma de Mallorca



Ayuntamiento de Madrid

Aire y luz: claridad que penetra en los sentidos. Silbo de diana, en la alborada: estudio, vida dura y exacta, con rigidez y alegría: gallardamente, silenciosamente, como quiso el Ausente que fuese nuestro sentir y anhelar. Los «flechas navales» saben del tiempo medido y de las horas trazadas en un adusto perfil de trabajos permanentes. Y tienen su hora de faena marinera, su hora limpia y clara de estudio, su formación religiosa y grave, su desfile suntuoso—arco de cielos luminosos para sus formaciones marciales de las Misas—, su silencio de reposo: es decir, cuanto forma la vida y la hace amable y bella. Hay ya una generación que sabe del rigor ascético de la Cruzada y del fervor castrense de la Hora española. ¡Quiera Dios que pronto vibren en todos los cielos, los clamores de este vivo ejemplo, en loor de la Marina Imperial de la Patria!

Los «flechas navales» tienen también sus nombres elegidos. Han echado al mar, con prodigalidad de buenos discípulos, lo mejor de sus rosas. En el hundimiento glorioso del crucero «BALEARES», entre los héroes que cantando los him-

3.—Glosa

FLECHAS DEL MAR

1.—Materia

He aquí la severidad y alegría de una juventud en formación hacia el Imperio.



Ayuntamiento de Madrid

La juventud victoriosa del Imperio templa sus músculos bajo el sol de una fuerte y exacta disciplina de milicia. Si España pudo haberse colocado en el trance de nuestra Cruzada salvadora—cielo amplio y luminoso para nuevas rutas—, fue porque destruidos los valores espirituales del pueblo, quedaron destrozados a un tiempo los pechos jóvenes y nuevos de esas falanges escolares, perdidas en la inercia de una sociedad sin estímulo ni problemas altos. Ahora—por la gracia espléndida de Franco—España que al ganar una Guerra para el mundo, sabe, de cerca al dolor y a la muerte, la transcendencia de su Hora, templa de nuevo la vida de la juventud, para forjarla, a golpe de formaciones severas, en el yunque del nuevo estilo imperial. Hace falta una juventud recta, unida, plena, poderosa, capaz de la tarea providencial que Dios nos ha concedido en la Historia. Una juventud—falange heroica—templada, soñadora y poética, que al final de la jornada, levante contra el viento, sus brazos hermanos, y cante al sol el mensaje diario de las banderas y de los himnos. Y que tienda al Imperio, rectamente, como una flecha eterna, lanzada al blanco de la verdad con el empuje de la disciplina: santa y militar, milicia de campamento y de fusiles, siempre en guardia, por la pureza de las verdades católicas de nuestra Patria.

Por esto: «los flechas navales», simbolizan, en esta Hora, nuestra mirada al mar: mirada fervorosa, decidida, por el deseo de engrandecer el estímulo de los nuevos, llevándolos, alegremente, a una vida naval, en la que todos aprenderán

El muchacho escribe:

«Hay que crear instituciones, laboratorios, bibliotecas. Hay que renovar la Universalidad. La frase de Costa «hay que defender a España con los libros en la mano» tiene un poder magnético para un joven que vive en el mundo de la inteligencia. Hay que orientar nuestros corazones, como la brújula, hacia el norte. Hay que leer a Nietzsche, a Dostoyevski, a Ibsen, a Kierkegaard, a Sudermann. Pero hay que volver a la tradición: a los primitivos, a Berceo. A los clásicos: a Jorge Manrique, a Garcilaso, a Cervantes. En ellos alienta siempre clara, firme, segura, la misma idea inicial. Sólo penetrando en las esencias de la raza, en su íntimo misterio, se puede llegar a descubrir el mundo en torno. Sólo partiendo de lo nacional se logra entender lo internacional y captar su secreto.»

La niña se incorpora en una silla para ver lo que el hermano escribe. Este le muestra una cuartilla en la que dice «Hacia otra España».

—¿Qué es eso?

—El título de mi primer libro.

Ha caído la tarde.

El paisaje de la villa se disuelve en la luz de la noche. Suena en la casa una campana que llama a cenar. Es día de fiesta. Va a terminar el año y comienza uno nuevo, henchido de ilusión. El árbol de Navidad ha sido renovado con nuevos regalos, y la madre, una mujer inglesa acostumbrada al orden y a la disciplina, se impacienta y reta a los muchachos que llegan con retardo al comedor.

—¿Por qué no venís a tiempo?

—Porque Ramiro está escribiendo un libro—replica la niña con orgullo. Y confundiendo, con maravillosa ingenuidad, el gran libro eterno con ese libro incipiente que el hermano escribe, añade:—Y dice que hay una Verdad, sólo una Verdad por la que los hombres mueren. Todo lo demás es mentira, la mentira desnuda de nuestra vida, y nada vale.

M a r í a D E M A E Z T U

Por eso nosotros queremos para toda la existencia española para toda la existencia de nuestra Falange, un sentido religioso y militar, un sentido de servicio y sacrificio.

JOSE ANTONIO

EL AMIGO MUERTO

Al poeta Adriano del Valle

Yo miraba la azul, trémula agua del río que ensombrecía las ramas de los álamos de la orilla, y al conjuro de su hondo rumor, mis recuerdos iban agolpándose en mi memoria, pero sólo emergía aquel recuerdo que hirió mi infancia con el misterio interrogante de la muerte. Sí, estuvo a punto de quebrarse la verde caña enana que era mi vida entonces. Era yo un niño, nervioso, sensitivo, extrañamente despierto, al que una seriedad impropia sellaba el rostro cuando una inexpresable melancolía iba naciendo en el fondo de mi corazón. Tenía yo la costumbre, que todavía conservo, de dialogar a solas, y en voz alta, con un interlocutor que me imaginaba. Diariamente, antes que azulease la madrugada en los vidrios del balcón, solía asomarme a la calle, y veía en el cielo, negro aún, lucir la luna, blanca, redonda, deslumbrante, y herían mis ojos neblinosos de sueño el oro húmedo de las estrellas. Y luego tornaba a dormirme, y ya en el lecho, ¡qué de confusas imágenes de rubias niñas de ensueño rondaban mi cerebro!

El hecho aconteció en una fría, limpia y azul mañana de noviembre, cuando correteábamos la frialdad cementosa del patio del colegio, que no puede recordar sin sentir escalofrío; varios niños amigos, se acercaron, muda y seriamente, y nos dijeron que habíamos de estar tristes y quietos, porque nuestro amigo, aquel niño gordezuelo y bondadoso, de grandes ojos negros, había muerto. Y ¿qué sería morirse?, nos preguntábamos mutuamente. Y ninguno sabíamos contestar. Yo, niño recoleto, de tan escasos años, qué había de saber lo que la muerte era. A nuestro pesar, permanecimos silenciosos durante el recreo y hasta nuestra salida. Ya en la calle volvimos a correr en alegre tumulto infantil, pero uno de los niños, rubio, travieso y pecoso, indicó que debíamos ver a nuestro muerto amigo. Y todos asentimos sin saber por qué.

Subimos, en efecto, por la escalera de su casa corriendo, y uno de nosotros tiró fuerte del cordón de la campanilla, y apareció el padre enrojecido y lloroso, y nos dijo que entrásemos en la habitación. Allí, rígido y cerosamente amarillo, con una blanca sábana hasta la mitad del pecho, estaba nuestro amigo. Taponaban su nariz azul y afilada unos algodones blancos. Y sobre sus cárdenos labios se abría la sonrisa en flor de la muerte. Sus ojos se cerraban bajo las negras e hirsutas pestañas. Yo lo miraba fijamente, y sentía un angustioso nudo en la garganta, y una mano de hierro que exprimía la naranja de mi corazón. Salimos. Casi me caía. Mis compañeros, turbados como yo, se separaron. No sé cómo llegué a mi casa.

Pero aquella noche no conseguí dormir, y en pleno delirio nervioso comencé a dar gritos nombrando la muerte. Ni aún los cuidados maternos conseguían serenarme. Pero, ya claro, me dormí. Y luego estuve seriamente enfermo.

Hoy, añoro estos idos días angustiosos de la infancia, cuando para mí era la muerte aparición terrible, y no, como ahora, ángel liberador del espíritu, elevación sobre el mundo hacia Dios, centro de perenne eternidad.

J u a n R U I Z P E Ñ A

“NUESTRA ENCUESTA”

JUAN RUIZ PEÑA

¿Qué sentido tendrá la nueva literatura?

Debe tener un hondo y grave sentido español, a la par que una gigantesca y renovadora ansia universal. Y ha de ser así, porque universales pero de muy española raíz fueron nuestros más vivos y celebrados clásicos, así: Cervantes, cumbre universal de la novela; San Juan de la Cruz, cima de la lírica; Lope de Vega o Calderón, glorias del teatro universal. Deberíamos intentar una revalorización estética de nuestros clásicos y también de nuestros primitivos, así de aquel grande poeta, rotundo expresivo, Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; como asimismo de nuestros modernos: así de aquel humilde, apartado, glorioso, Gabriel Miró, nuestro más sensual, exacto, luminoso prosista, trémulo desnudador del alma del paisaje. Estos son los hitos desde donde la juventud literaria tiene que partir para el intento de una renovación creadora de su nuevo estilo.

¿Será un retorno a lo clásico?

No. Porque retorno implica casi siempre retroceso. Y de eso no nacería sino un marmóreo, frío neoclasicismo. Y tanto lo neoclásico como lo parnasiano tienen una nimia valoración en arte. Son estilos de almas embalsamadas. La nueva generación de 1939 ha de tener propia personalidad, acento inconfundible, impulso original. En suma, ha de beber en su vaso, aunque pequeño, como dijo Musset de sí mismo. Y de los clásicos hemos de tomar lo «vivo», como indicó el genial y siempre vivo Juan Ramón. Pero por clásicos no hemos de entender sólo los graciosamente nacidos en los siglos XVI y XVII, sino todos aquellos que por su humana profundidad española y elevado espíritu merezcan tal dictado; así Bécquer, Unamuno, Antonio Machado, Valle-Inclán o Jorge Guillén, por ejemplo.



Ruiz Peña, colaborador brillantísimo de «CAUCES» desde su aparición, es uno de los más sólidos y auténticos valores de nuestra actual generación poética. Licenciado en Filosofía y Letras, en la Universidad sevillana, bajo los auspicios felices del ilustre Jorge Guillén, fué destinado recientemente al Instituto de Algeciras, en el que explica su Cátedra de Literatura.

Juan Ruiz Peña ha escrito en todas las revistas jóvenes. En Sevilla fundó y dirigió, con mucho estilo y acierto, la revista «Nueva Poesía»; pero lo más personal y definitivo de su Obra queda en las colecciones de «Isla», y de «CAUCES». Actualmente prepara su primer volumen de poemas, que llevará por título «Cantos de los dos».

En este número contesta a la encuesta iniciada por nuestra Revista, con su peculiar y fino criterio lírico.

Hemos de aprender de los clásicos su sentido denodado de la forma; recordemos aquel acendrado denuedo por la forma de un Herrera, o aquel íntimo combate por la concisión expresiva de un Gracián, o aquel torturado deseo creador de la metáfora plásticamente exacta de un Góngora. Hemos de tender a la serena aspiración de un Fray Luis. Y hemos de comulgar con el patriotismo sincero y secamente español de un Quevedo.

Pero de los románticos hemos de aprehender el subjetivismo, su certero penetrar en el mundo de lo misterioso, a la manera de un Poe o de un Baudelaire. Nuestra suprema aspiración individual debe ser el desentrañar iluminado de nuestro mundo interior.

¿Qué valores ofrece la nueva generación?

Aunque prematuro y expuesto es señalar nombres, sinceramente creo que por su personalidad original, propia voz y certero sentido de la lírica, pudiéramos citar a Luis Felipe Vivanco, que refleja en su poesía una blanca sensibilidad y posee un tono tierno que nos seduce; a Miguel Hernández, autor del libro «El rayo que no cesa», el mejor libro de poeta joven, extraordinario poeta de potente imaginación y aguda sensibilidad; a Luis Rosales, autor de «Abril», que a una fina sensibilidad une una serena imaginación que cuaja en el original acento religioso de su lírica; a Manuel Díez Crespo, poeta de voz profunda y de filosófica intención, de una personalidad muy suya; a Pedro Pérez Clotet, autor de «Trasluz», poeta que va madurando y el que más hondamente siente el paisaje; y por último, a Dionisio Ridruejo, conciso y grave sonetista de quevedesca ascendencia.

Y entre la generación de prosistas, aunque muy en agraz aún, son ya racimos hacia la madurez, Francisco Gómez de Travededo, tierno novelista en flor, jugoso prosista de altísimas esperanzas, «fruta verde», «que ha de dar mucho juego», como dijo de él César González Ruano, el elegante periodista; José L. Gómez Tello, prosista de original estilo; Francisco Montero Galvache, cronista de angélica sal, gustosamente leído; y José de las Cuevas, original, ameno, fácil periodista. He aquí algo de lo más florido de la generación de 1939.

En cuanto llega así un trance de prueba nacional o de prueba moral, nos entendemos todos los jóvenes españoles, a quienes nos resultan estrechos los moldes de la izquierda y de la derecha.

JOSÉ ANTONIO

A JOSÉ ANTONIO EN POSTUMO ITINERARIO
ENCENDIDO A TRAVÉS DEL PECHO DE ESPAÑA

I

*Alma de flor y acero el Elegido,
áureo estuche del alma azul de España,
corazón de cristal y bronce entraña
astro viril, perpétuamente erguido.*

*Caído, aunque caiste, no has caído,
luz perdurable que materna baña
cauces del sacrificio y de la hazaña,
ave que en el Leteo no halla nido.*

*Todo, hoguera y fusil, a ti se abre
en un grito de llamas de epopeya,
para que el Tiempo tu escultura labre.*

*Es trueno en bronces tu onomatopeya,
templo y altar en todo pecho hallas,
y, muerto como el Cid, ganas batallas.*

*Caminante camino que caminas
del Mare Nostrum hasta el Monasterio,
esquife de ceniza y de misterio,
cisne de polvo y sol, que no declinas.*

*Hoguera que apagada aún iluminas,
fuego fatuo de amor en cautiverio,
todo a tu paso es lloro de salterio
y tú hacia todo en hermandad te inclinas.*

*Flechas de amor y rosas de cariño
vibran y aroman en el aire hermano
y el sol te canta cual Belén al Niño.*

*Y, brazo en vela y desvelada mano,
a tí, azucena y azahar y armiño,
te saluda, hecho haz, el pecho hispano.*

Fernando DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN

Ayuntamiento de Madrid

Perfil de la literatura colombiana

UN POETA NACIONAL

Si algún poeta mereció en Colombia, por lo que tiene de autóctono y vernáculo, el homenaje de su pueblo, ése es José Joaquín Casas. Poeta por la extendida resonancia del estro, por la evocación perpetua de los sentimientos de la gente en que se ha criado y crecido, Casas no deja lugar a duda acerca de su carácter propio. Las generaciones de ahora quizá ignoren la larga travesía que ha realizado en nuestras letras. Acaso la política, nublando el juicio recto, se empeñe en presentarle aún con los tintes de una personalidad adusta y sombría, maculada por el rencor partidista, y en brazos siempre de prejuicios de secta, que desentonan con la grave y reposada austeridad del arte. Verdad que Casas ha gritado al aire la escuela de sus principios filosóficos, ha hecho gala de sus ideas políticas, y mala cosa que se hubiese abstenido de ello. La intensidad de la fe en ciertas nociones dobló sus facultades poéticas; no porque el escepticismo no signifique a su vez una actitud o una postura en el orden espiritual, sino porque en persona de estructura interior tan recia, hubiera concluido por comunicarle un desaliento total, inclusive para las labores estéticas desinteresadas. Careciendo de fe en una idea, desposeído de la confianza en algo seguro, permanente, tal vez se hubiera dejado arrastrar—hasta en su peor aspecto—por la «infinita vanidad del todo».

Debido a esa condición ingénita de su alma, a esta savia espiritual tan fuerte, se ha acrecentado el poeta, el artista cautivo de la belleza pura. Creer en la belleza, rendirle pleitesía, envuelve a su turno su sentido religioso.

El dón celeste del verso le acompañó desde la infancia. Los que están en sus intimidades hablan de sus primeras emociones en el templo parroquial, en ambiente ceñido por sugerencias seculares y apegado a una añoranza poética suprasensible. Casas hubo de impregnarse de tal ambiente, de asimilarlo como emoción en su principio, antes de volverlo norma directiva en los pasos de la conducta social. He aquí en él la perfecta y armónica unidad del hombre y del artista. En Casas se prolonga el hilo de toda la raza española, desde la fuente de sus gestas en la Península, hasta su consubstanciación con la indígena en América, en un cruce glorioso, que es, a mi juicio, el destello mayor de la gran raza conquistadora. Las reminiscencias históricas de esta última, el esfuerzo de nuestra lucha independiente, formaron en él un complejo de fuerza y seguridad: la fuerza de atrás, del castigo abolengo, y la seguridad en nuestros destinos nacionales, forjados en su hora épica por el soplo de un mismo espíritu. Poeta español y colombiano... español por el noble instrumento que maneja tan garridamente, y colombiano por el nervio con que atiza la expresión de su sentir. Casas prosigue el ejemplo de Ortiz, cuando consideraba «nuestras, las glorias de Bailén y de Pavía».

Este concepto capital y genérico lo ha ido extendiendo a otras manifestaciones favorables a ese objetivo; se ha parado a contemplar las costumbres campesinas, el habla donairoso del pueblo, ya en el chorro suelto de la conversación callejera, ya en la copla que vuela como ágil mariposa en los giros del viento, y riega a su paso un haz de irisaciones. Este afán de acercarse al pueblo, de oír sus latidos y conocer sus anhelos ha moldeado la concepción del arte suyo, genuinamente nacional; esta nota superior de su poesía la hace gustosa para los que no han perdido el paladar de lo propio ni se han enturbiado la vista mental con horizontes extraños. Medido por esta fórmula, Casas es un poeta criollo, al estilo de Gutiérrez González o de Pombo, cantor el uno del maíz y el otro

del bambuco, cosas tan caseras y colombianas como muchas de las que probamos en el ajetreo de la existencia corriente.

Sus libros «Recuerdos de fiesta» y «Crónicas de aldea» recogen cuadros de costumbres colombianas, designan rasgos de nuestro carácter y sorprenden a éste en el abandono de su intimidad, destituida de todo paramento inútil o postiza adherencia. Los sentimientos candorosos, no por ingenuos menos ricos, tienen en Casas un apasionado cantor. Acaso vea en ellos el venero más nutricional de la verdadera inspiración, porque arranca de muy lejos, y no se agota nunca. El hogar, la patria, las costumbres populares, eso que se halla tan cerca y tan remoto al mismo tiempo, nutre eficazmente su temperamento artístico. Raro y admirable este ejemplo, dada su cultura universal, su dominio de otras lenguas, que erigen a este poeta en un erudito consumado. Pero Casas ha sabido salvar el escollo de influencias artificiosas, manteniéndose a buena distancia de los exotismos, y procurándose la compañía de modelos castellanos imolutos. Uno de los prosistas más estudiados y leídos por él es Pereda. No queda duda de que su entusiasmo por el autor santanderino proviene del apego de éste al «sabor de la tierruca». «Recuerdos de fiesta» y «Crónicas de aldea», aunque en verso, prolongan a Pereda. Si éste nace poeta y en Colombia, no distinta habría sido la tonalidad de su arte.

El sentimiento religioso señala en Casas una de sus fases más vigorosas; heredado como emoción, acogido después como precepto y ejercicio constante, no le conoce bien quien le considere desprovisto de este aspecto transcendental. No sólo se ha alimentado de la fe católica como medio de regular la conducta en el trato con el mundo, sino que se ha valido de ella para embellecer la vida, y su ánimo se ha enriquecido con todos los accesorios estéticos que suministra la profesión de esa fe. Me figuro que la liturgia eclesiástica, con su aparato de colores, de música y perfumes, le habrá conmovido hasta lo más hondo, tal como si se tratara de una obra de arte en la plenitud de su vivacidad y de su fuerza. Su «Canto a la Virgen» suscita emociones silenciosas, profundas, aunque aquél que las guste haya agostado en el sobo de actividades groseras mucho de la raíz primaria. Español por la fibra de los recuerdos, de la sangre y del idioma, nacional por el amor a todo lo nuestro—lo heroico y lo humilde—José Joaquín Casas encierra en su fisonomía literaria los rasgos completos de una personalidad colombiana, radical y típicamente colombiana.

F e r n a n d o D E L A V E G A

La Patria no es nuestro centro espiritual por ser la nuestra, por ser físicamente la nuestra, sino porque hemos tenido la suerte incomparable de nacer en una patria que se llama precisamente España, que ha cumplido un gran destino en lo universal y puede seguir cumpliéndolo.

JOSÉ ANTONIO

Un artista de Silos

José Vicente Rojas, de Silos, bucólica comarca que oscila entre la geografía santandereana y la nortesantandereana y entre la topografía apacible de los páramos y la topografía arisca de la montaña, acaba de regresar a Bogotá. Viene después de seis años de ausencia y trae entre sus maletas y en su imaginación el fruto de su contacto con la vida.

Antes de decir algo más de José Vicente Rojas, tengo que acordarme de un señor Barroso, oriundo de Tona, hirsuta villa liberal, metida como a propósito, entre las estribaciones montañosas que sustentan los páramos de Juan Rodríguez, Mogoronteque y Santubán. Un día se presentó en casa del párroco de Girón, para enseñarme un San Juan Bautista de ceibo y un San Isidro de caracolí, que acababa de fabricar para el culto católico de mi ciudad natal aquel artista desconocido de la crítica y de la muchedumbre.

Ante la unción mística que soltaban las dos imágenes hechas a escoplo y navaja, formón y serrucho por aquel labriego audaz, le pregunté en dónde se había armado de concepción artística suficiente para ejecutar aquellas obras.

—Pues mirando bien los palos,—me contestó el señor Barroso.

Hay entre Tona y Silos cierta similitud ensoñadora y en ambos rincones santandereanos parece recogerse a dormir una siesta milenaria la capacidad de la raza. Por eso, cuando en uno de esos lugares, como lo hace notar Renan al estudiar las gentes de Bretaña, se produce un hombre que de la noche a la mañana se resuelve a no ser ni el sacristán, ni el estanquero, ni el maestro de escuela, ni el alguacil, ni el boticario, ni el vendedor de granos o zarazas, en su interior se deposita, por un esfuerzo subconsciente de la colectividad, todo lo que los demás pudieron realizar, bajo el dominio rabioso y taimado del miedo.

Es claro que en el exponente de Silos existe a más de una superioridad ingénita una técnica mayor para su arte. Así, José Vicente Rojas se ha dedicado a trazar en caricaturas originalísimas las fisonomías que ha logrado captar en el encuentro fortuito con el personaje o con su retrato al cruzar de la calle o al hojear de la revista gráfica.

En compañía del senador Rodrigo Peña Aranda, me visitó una de estas noches y con cierta timidez premeditada acaso, porque en su intimidad adivino un fondo de concienzudo orgullo, me fué mostrando sus trabajos de última hora. Junto a una caricatura mía ví una de Luis López de Mesa, luego otra de Enrique Olaya Herrera, en seguida otra del senador Rodrigo Peña Aranda, otra de Baldomero Sanín Cano y otras más, de figuras muy conocidas de nuestro gobierno, de nuestra política y de nuestras letras.

No acierto con el léxico capaz de definir el estilo novedoso y singularísimo del artista de Silos. Es una adaptación del cubo geométrico, que reemplaza la línea y viene a dar una sensación exacta de la fisonomía. Me parece haber visto quizá en García Cabral algo semejante y en algunos de los caricaturistas argentinos se ha ensayado el truco, sin que el colombiano vaya a la zaga de aquellos extranjeros.

Alguien que dispusiera de mejor técnica para la valoración y la apreciación de los trabajos de José Vicente Rojas, diría que el artista santandereano, quizás sin proponérselo, ha logrado dar a la desprestigiada escuela cubista una transformación maravillosa, por los caminos de la sínéresis, de la sencillez y del sentido común.

Sea lo que sea, de Silos, el rincón sugerente de Santander, se ha fugado hacia la civilización urbana, un artista peligroso, porque en su genio demoledor trae una inmensa capacidad para burlarse de todas las expresiones de la cultura y de la vida que no quisieron anidar en el rincón apacible de su comarca. Es una venganza secreta de la montaña contra la ciudad.

J u a n

C R I S T Ó B A L

M A R T Í N E Z

Ayuntamiento de Madrid

El Cerco de Madrid y la Infanta Doña Elvira

Es junio. En el palacio silente, una hermosa joven, de rico atuendo, labora sin descanso en un ajetreo desusado. Sus manos marfileñas cosen, bordan, tejen... febrilmente; su dulce mirada cada momento se clava en el Cielo, suplicante, y sus labios de carmín musitan con frecuencia una oración. ¡Están su padre y sus dos hermanos en la guerra, en el cerco de Madrid!

¿Estampa de ayer y de tantas mujeres de España? Ciertamente.

Pero, he aquí que ésto mismo ocurría también en León y junio hace ya... *mil años*. La protagonista es, nada menos, que la Infanta Doña Elvira, y es su vida en el Palacio Real la que evocamos, mientras su padre el Rey de León, Don Ramiro II y sus dos hijos, Don Ordoño y Don Sancho, sitian a Madrid en el año 932.

Es el Rey hombre fuerte, valiente y belicoso, a quien no le permiten el genio y su celo por la Religión y su afán de reconquistar España, el tener ociosas las armas; y sofocadas otras guerras en que sale, como siempre, vencedor, una vez ya afirmado y consolidado en el trono, manda de nuevo tocar los clarines y blandir lanzas y parte a la guerra. Pasa el Guadarrama, cae sobre Madrid, entonces plaza fuerte, y la pone sitio y por fin la toma y saquea. Derriba sus murallas y pasa a cuchillo la guarnición.

Cuando retorna victorioso con miles de cautivos y cientos de acémilas cargadas de riquezas, dispónese a colmar de presentes y regalos a su hija, pues para ella ha reservado las joyas más espléndidas del inmenso botín.

Y es entonces cuando se produce una escena emocionante. La Infanta se postra a sus pies y, toda temblorosa, le expone su antiguo y vehemente deseo de retirarse del fausto de la Corte y encerrarse en un convento. Ramiro II, al pronto, frunce el ceño, contrariado; recuerda insinuaciones de Príncipes amigos que han puesto los ojos en la bella leonesa... Pero el candor y las lágrimas de Doña Elvira, que ruedan como perlas sobre el rico brial, terminan por conmoverle, y, al fin, cede gustoso, como buen cristiano, ante el llamamiento de Dios.

Pero conocedor del claro talento y firme carácter de su hija, quiere tenerla siempre, si no a su lado, lo más cerca posible, para consultarla en sus empresas y, sobre todo, la quiere demasiado para consentir se sepulte en algún lejano y pobre cenobio, cuya obscuridad y tristeza marchiten su vida. Y sobre las preesas de oro y piedras preciosas que la presenta, en un rasgo de cariño, la ofrece construir en su honor y por su gusto, un gran monasterio, donde cumpla sus deseos y responda a su vocación.

Y sobre la marcha, como gran protector que era de la Religión y fundador de templos y conventos, manda edificar junto a su Palacio Real un gran monasterio, dedicado al Salvador. Arquitectos y alarifes mozárabes emprenden y terminan la obra, que fué digna de la opulencia del Rey, pues dicen las Crónicas que era el monasterio de maravillosa grandeza, y en él consagra a Dios su virginal pureza esta Real Princesa Doña Elvira, que ya en lo sucesivo firmará escrituras y privilegios con la humilde inscripción: «Gelvira Deo Dicata».

Pasan algunos años y por el voto clamoroso del pueblo, prelados, grandes y magnates, reunidos en Cortes, es sublimada Doña Elvira, por sus grandes dotes y virtudes, a la gobernación del Reino. Y fué realmente la Reina Gobernadora durante la minoridad de su pequeño sobrino Ramiro III, pues firma las escrituras como reina, lleva personalmente todos los negocios de Estado, reúne y preside cortes, asambleas, tribunales y concilios, resuelve pleitos, restablece tradiciones en la diócesis, recibe solemnemente Embajadores que traen el cuerpo del niño mártir Pelayo, al que coloca en una urna de plata en el monasterio fundado por su hermano el Rey Don Sancho, envía a Córdoba lucida embajada para renovar el tratado de paz con el Califa, y, en fin, sus altas dotes de gobierno, su gran sentido político, su prudencia y piedad, mantienen el Reino en tanta paz y prosperidad, que en una asamblea de Prelados y magnates aquí celebrada en 973, se dieron a Dios inmensas gracias por los beneficios que el Reino disfrutaba bajo la dirección de aquella gran señora, la que según las escrituras de aquel año, si era mujer por el sexo, por su santa vida e ilustres obras merecía el nombre de varón. ¡Estas son las mujeres de España!

En Salvator de Palat del Rey, bajo la bóveda en forma de paraguas,—resto casi único del famoso monasterio del siglo X—¡cuántas veces hemos creído ver la figura de la Infanta Doña Elvira, orando, allí mismo, por la salvación de España!...

La luz en las ramas desnudas

«Volví a la estancia con el alma inflamada, y en breve percibí otra llamada algo más fuerte que la anterior. Seguramente, me dije, hay alguien ante mi ventana. Veamos, pues, qué es y exploremos ese misterio. Tranquilízate, corazón, un momento, y déjame explorar este misterio. Es, sin duda, el viento, y nada más »

POE: «El Cuervo.»

Había flautas tañedoras y arpegios verdes, vegetales, en mi jardín, antes que las ramas tiritaran, y la tolvanera en los senderos, ululara antiguas historias de crímenes heráldicos o intrigas castellanas. Y había fotinias que los ángeles sembraran en la gracia de los sueños más puros y alelís fragantes, albos como túnicas de rubias prisioneras. Y tulipanes nostálgicos de terciopelos carmesíes y umbelas rojas, amarillas y azules desgranando sus cromáticas voces. También temblaban de amor los vilanos danzarines, donde el oleandro cercaba el corazón del mirto ribereño, y las horas enguatadas caían de altas y soñadoras catedrales verdinegras.

De aquello ya no queda más que ese dulce rasgo desvaído que ayuda a reconstruir la frente marfileña y a mantener en vigilia el recuerdo. Todavía corre la fuente lentamente, salmodiando leyendas de irascibles calatravos, de niveos cuellos femeniles donde brota la sangre, de espectrales galgos levantando los ecos de dormidas estancias...

No más que ayer, este jardín celebraba las gracias, en madrigales versallescos, verdes rimas de corazón umbroso, de Carolina Amaranta, la de las manos bellas, blancas como palomas campesinas. D'Annunzio las hubiera cantado de seguro, como las de Lucía Settala, a la luz de un crepúsculo saturado de polvillo áureo y rendidos girasoles. A la luz derramada sobre las ramas desnudas y los troncos.

Volaban tábanos de ensueño, aéreos corales, caballitos rumorosos de largo
Ayuntamiento de Madrid

abdomen ceniciento y alas cantarinas. Todo era como un clavicordio enloquecido y sonoro con lejanía de campanillas místicas.

Carolina Amaranta, Fernanda, Corina, la de la boca como una llama y una súplica suave. Todas tenían bellos nombres de infantinas, y todas, después, alcanzaron un final hermoso, tanto como trágico. Pudieron decir como el Esquilo de «Las Coéforas»: «Oigo ya la voz del terror que se levanta en mi corazón.»

¿Lo sintieron realmente? Yo sé que las tres tuvieron una bella agonía, digna de una cruenta intriga de Florencia y que las tres me dedicaron unas líneas ardientes como brasas litúrgicas.

Las ramas desnudas, llenas de luz, golpean los cristales deshaciendo sus gotitas de lluvia. Una lluvia rosa, anaranjada, fina. Y he puesto en mi diario:

«Octubre de 18..., Sus Majestades entraron a las cuatro por Puerta de Alcalá. Ha venido Renata-Clara y he acariciado sus cabellos infantiles, finos, como voces de plata. Es asombroso. Hay en sus ojos la misma luz imprecisa de Carolina Amaranta, el mismo temblar en sus pupilas escanciadoras de las más bellas lágrimas.

Se ha ido con su niñera mirando hacia atrás largamente...»

«Pepe Casarilla, marqués de Fontana, ha charlado hace un rato conmigo, en esta misma estancia de dolor y recuerdos. He dejado que nos gane la penumbra. Casarilla salía como sublimado y sus pasos tenían un lejano vibrar de martirio.»

Y ayer, en mi diario:

«Octubre de 18...

Voy a envolver en diálogos retóricos y austeras disciplinas humanísticas, mi toponimia sentimental. ¡Bolonia, Lovaina, La Sorbona! Yo tuve una juventud ardiente, umbral de teólogo. Me queda el recuerdo papal de las húmedas losas del Colegio de San Clemente, antes que mis lilas fueran claveles rojos.»

Seguía sonando el aire en mis oídos y mis ojos estaban clavados en la luz de las ramas: como una lluvia rosa, hecha de naranja y de recuerdos.

J u a n M I R A N D A

EL ABETO

Dios sabrá qué golondrinas llevaron entre sus picos la semilla o qué vientos la trajeran hace muchos meses hasta aquí, pero hoy queremos dedicarle con el pensamiento un sincero y callado homenaje a aquéllos—brisas y pájaros—que han hecho resucitar la emoción de un idilio primerizo.

No importa quién fué, pero el abeto con sus ramas siempre jóvenes está esperándonos en el valle desnudo de alturas verdes, para contarnos historias de invierno y por una vez—«la única vez»—dejamos el reloj sobre la mesilla de noche y asistimos puntuales a la tertulia de las cosas.

Ya sabemos que no hablan los árboles, pero nosotros soñamos, por eso nos está permitido decir que tal vez no sería tan esbelto ni nos ocuparíamos de él, empequeñecido en la amable geometría de un hogar berlinés, oyendo en unas Navidades cualquiera:

O Tannenbaum! O Tannembaum!

wie grun sind deine Blaetter...

Eso es verdad y además lo diré bajito para que los leñadores insaciables no sepan: «Oh abeto, abeto, siempre verde...»

Tienen razón esas voces de hogar y estas otras que le cupo en suerte oír, voces de guerra en un campamento español.

Entre tiendas de lona y explanadas calvas de hierba parece más alto, pero no más solo que hace años cuando España iba a desperezarse de un sueño y más de una pesadilla y lo visi ábamos, paseando bajo la sombrilla parda de su ramaje, la rabia de estudiantes descontentos y la impaciencia de una generación.

Ha cambiado todo, todo menos él y nosotros, el abeto sigue tan firme como antes, cualquier árbol puede torcerse en el ascenso, pero éste ama la verticalidad, lo enhiesto con rumbos de escala, sin penúltimos escalones, sin final, es decir con final, pero muy arriba, donde los hombres han de ser ángeles o santos.

Nosotros seguimos también los mismos, ambiciosos de grandeza para la Patria, ambiciosos de sueños para los corazones y además exactos en la cita que no hemos olvidado y que habría de vivir aquí, en el valle desnudo de alturas verdes.

Aún hace poco de nuestro encuentro, pero la confianza es vieja y no quisiera repetir otra vez como entonces, que probablemente moriría de hastío con el efímero destino de todos los abetos, vivir la ilusión de una noche, un 24 de Diciembre, abrumado de guirnaldas de plata, cascabeles y mil chucherías colgadas sobre las ramas para después respirar, muriendo, polvo de desvanes o ser camino de ratones en la más sucia y oscura habitación.

Así es mejor, vivir esa ilusión el 24, el 25, el 26, todos los días, colgando fusiles y morrales de las ramas, en la atmósfera siempre nueva del campamento.

Así es mejor.

La canción alemana puede y debe seguir fluyendo muchos años:

Du grünst nicht nur zur sommerzert

Nein auch in Winter, wenn es achneit...

porque es bella y cierta; «reverdeces en verano y también en invierno cuando hay nieve»... pero es preferible el verdor de la primavera, de esta primavera de guerra, muy firme con las ramas abiertas, ofreciendo un abrazo de madera a tres centenares de españoles que van a cobijarse bajo él.

Ahora, a los dos años del primer encuentro, fué una historia alegre la que escuchamos con el rumor sabio que la brisa obediente a la orden, supo arrancar, historia que evocaba también ilusiones de idilio nuevo, de noviazgo entre España y los españoles.

Y para eso estábamos allí, para afianzar ese noviazgo, compartiendo las horas en la topografía, en la instrucción y en la táctica hasta perder todas las fuerzas y dormirnos sin sentir, como aquella noche inolvidable que nos venció el sueño leyendo a Goethe a la luz indecisa de una vela coreada por doscientas noventa y nueve voces: ¡Que la apaguen! ¡Que la apaguen!

M . G A R Z Ó N G A L L E G O

DUERME MI NIÑO

Pues andais en las palmas

ángeles santos

que se duerme mi niño

tended los ramos.

Palmas de Belén

que mueven airados

los furiosos vientos

que suenan tanto,

no le hagais ruido,

corred más paso,

que se duerme mi Niño,

tended los ramos.

El Niño Divino

que está cansado

de llorar en la tierra

por su descanso

sosegar quiere un poco

del tierno llanto.

Que se duerme mi Niño,

tended los ramos.

Ríguerosos hielos

le están cercando,

ya veis que no tengo

con que guardarlo,

Angeles divinos

que vais volando.

Que se duerme mi niño,

tended los ramos.

L o p e D E V E G A

Ayuntamiento de Madrid

Aldo Patocchi, xilógrafo moderno

Fruto jugoso de la poesía intimista y de la sensibilidad familiar, el arte de Aldo Patocchi se afirma toda recogida en la densidad de un pudor llano y místico. Los acentos virgilianos de su concepto de la naturaleza ajustan sus incisiones en una atmósfera particular, donde la rarefacción se hace sutil, como para captar con mayor dulzura los más menudos detalles cuya secreta esencia conquista su pensamiento. Virtuosísimo técnico que está a la par del de los dibujantes japoneses, el suyo no es nunca afectado, hostil, porque también en los retratos donde el sentido anatómico debe en cierto modo hacerse sentir, las interpretaciones figurativas son siempre señaladas en primer término por los misterios profundos e imperceptibles del claroscuro, del cual él hace un uso exacto.

En verdad, Aldo Patocchi ha reslizado algunas de las más bellas páginas de la incisión contemporánea suiza y ciertos de sus «estremecimientos de selvas» van más allá de los límites impuestos al blanco y negro y podrían ser transpuestos, por su densidad musical, en escenarios acaptados a glosar los dramas wagnerianos. Es un arte que, en algunos momentos, se aparta resueltamente de la pura utilidad decorativa para entrar inesperadamente en la epidermis de esa atracción plástica que hace participar lo «humano» en la tragedia total de la creación. Esto para afirmar que las formas graciosas de sus composiciones pictóricas no van en desmedro de la solidez intrínseca de la obra, pudiendo también las corrientes simples y tranquilas revelar al hombre las más severas afirmaciones de la invención artística.

Por otra parte, los temas que Aldo Patocchi se ha prefijado en sus xilografías, exigen una arquitectura rural (arquitectura entendida como sentido de vida agreste), para que haya entre los unos y la otra la necesaria correspondencia, la indispensable correlación. Se podrá juzgar como se quiera la tesis que el autor desarrolla: se podrá apreciar o no esta mística de la naturaleza escondida para más de una mirada presurosa: se podrá amar o desaprobar tal poética extraña, bizarra, oscura, pero ninguno sabrá resistir el ritmo acosador de su fantasía y el ímpetu prudente que anima las historias y las fábricas que Aldo Patocchi narra con recursos pictóricos tan delicados y sensibles. Aldo Patocchi acumula analíticamente, pero sin pesadez, los detalles rupestres de un sueño, diré casi subterráneo, de los estratos humildes y quebrantados de una vida en la cual se penetra rara vez, de esas atmósferas lentas donde el único fasto reside en la satisfacción de un gesto agradable cumplido sin saberlo nadie como si fuera el voluntario ofrecimiento a la esclavitud de los mártires y de los torturados. Una blancura ténue, desvanecida, blanda, evaporada, destaca a menudo, con rápidos indicios, un ser perdido en el halo de una noche lunar, estrellada, o en la fosquedad caliginosa de un bosque enmalezado. Único choque entre el hombre y los atributos del trabajo sombrío, incitante y penoso, esta figuración del sufrimiento humano que no tiene tregua, que no termina nunca, que absorbe todas las fuerzas del individuo. Pero, al mismo tiempo que ofrece toda la virtud y los caracteres de la pintura y del arte tipográfica, la obra incisa de Aldo Patocchi queda como uno de los testimonios más estimables de la xilografía, no por los motivos tratados (lo que sería bien poca cosa), sino por su espíritu.

Magia sin tormentos inútiles, magia sin preconceptos sentimentales y chocantes, magia sin atribuciones simbólicas y pesadas, magia con puras satisfacciones espirituales, el arte de Aldo Patocchi representa una tendencia sincera y sabia del neonaturalismo de nuestro tiempo, cuyas luces frescas esclarecen nuestro mundo tenebroso.

A l b e r t o S A R T O R I S

Ayuntamiento de Madrid

EL P. LUIS COLOMA: Su vida en el siglo

Y para dejarnos un recuerdo del dolor que le causaron sus espinas, a pesar de haber vivido en medio del esplendor y la riqueza de la mejor sociedad, nos deja un retrato hecho en Poynanne un día antes de su ingreso en el noviciado, eminentemente hablador. Ante él dice la Pardo Bazán: «su boca se cierra con energía como para reprimir la estéril queja. La actitud de la cabeza, sin embargo, no indica desesperación; más bien parece que mira hacia los días venideros, que espera, que se adelanta en busca de algo».

Y agrega el P. Eguía: «Es la cosecha natural de los espíritus nobles y honrados que se adelantan confiadamente por los senderos de la vida. Aquí o allá, siempre alguna caña se les vuelve lanza y les barrena el corazón».

Ahora, si queréis, y con esto concluyo, voy a leeros la carta que Luis Coloma escribió a Fernán Caballero desde el Puerto de Santa María. De esta manera serán del padre las últimas palabras que esta tarde oiremos y la torpeza de mi estilo quedará borrada con el suyo clarísimo, sentido, como una melodía religiosa.

Escuchadla.

«Qué choque tan rudo ha sido su carta de usted para mi corazón! Cuando impulsa éste con vehemencia; aprueba la conciencia con ahínco, y la razón examina para meditar y «friamente decide», es fácil resistir a todo. Pero para resistir yo a mi querido Fernán, a mi sabio Fernán, a mi santo Fernán, preciso era además que Dios me apoyase e iluminase, y así ha sucedido en efecto. Me lo prueba la singular coincidencia de no haberme sido entregada su carta de usted hasta ayer que concluí los famosos Ejercicios de San Ignacio, primera y fuertísima prueba a que me han sujetado. Esta formidable égida me ha servido: leí su carta de usted, la releí, la volví a leer, la besé y la he roto.

«Yo no debí explicarme bien cuando usted no me ha comprendido, y sus cariñosos argumentos son apoyo de mis razones. Nada de extraño tiene, por otra parte, que yo no me diera a entender, siendo como son los sensimientos, tan difíciles de expresar, sobre todo, cuando hay muchos que llevan a un mismo punto.

«Escuche usted este ejemplo.—Iba el alma caminando con su Cruz: era de gran peso, porque a ella iban unidas multitud de vanidades, de deseos, de esperanzas, de pasiones, de afectos terrenos, y la pobre alma no podía «caminar bien»; le tiraban de un lado y otro y era débil. Entonces se sentó angustiada y sobre su Cruz se durmió llorando. Mas he aquí que la despierta una voz como un viento huracanado, y sonó en sus oídos.—Sígueme.—Y el alma despavorida vió delante aquel Jesús Nazareno que pintó Fernán apareciéndose a Rodrigo: el rostro triste, tristísimo, la Cruz a cuestas, y echó a andar. Y el alma cogió su Cruz con valentía y le siguió, y se cansaba y le seguía, y se hería los pies y le seguía, y le chorreaban sangre y seguía siempre, pensando de cuando en cuando:—Llegaremos pronto?—Mas Jesús volvió el rostro ya sereno; sonó una voz como viento perfumado, mostró al alma sus huellas y dijo:—Pon tus pies en mis pisadas y no te herirán las espinas.—Obedeció el alma y caminó ligera y sin fatiga: porque de su Cruz cayeron entonces—¡solo entonces!—las vanidades que la cargaban, y los deseos huyeron, y las esperanzas fueron humo, y los afectos terrenos, celestiales, y la Cruz se hizo ligera y el alma llegó.

«Y no llegó sola, queridísimo Fernán, sino que llegó con todos los suyos, que en el camino había recogido, y su padre no le recibió en el cielo con faz torva, sino que le abrazó y le dijo:—Bendito seas, mi hijo muy amado, que despreciaste la tierra por los cielos y me has traído aquí a toda mi familia!

«Indiferencia yo hacia ellos! No ha visto usted cuando en un incendio arden llamas por todas partes hasta que se levanta una inmensa que las confunde a todas en sí misma y las eleva con ella hasta el cielo?... Pues eso hace el amor de Dios con los amores de la tierra, y allí entran todos, Fernán. «todos» para vivir para siempre.

«Una de las profundas reglas que da San Ignacio para la elección de estado, es esta:—Escoge en la vida el que hubieras deseado tener en la hora de la muerte.—Cuál sería éste sino el más perfecto? Creo que «vivo» mi padre, aprobaría mi elección; «muerto», de seguro la aplaude y me anima.

«Sé lo que valgo. sin arrogancia ni falsa modestia. Cuando me considero, nada; cuando me comparo, algo. Mi porvenir era bueno, y si mi pasado me disgustaba era por «me herían las espinas», mas no porque no dejara salisfechas mis aspiraciones mundanas, ni porque tuviese un orgullo, que por más que fuese noble, sería siempre orgullo. Qué más quería yo, deseando racionalmente? Habrá muchos jóvenes de mi edad que con tan escaso número de dotes materialmente brillantes, tuviesen la posición y gozasen de la consideración de que yo disfrutaba?

«Si Dios admite los corazones marchitos que llegan a él por recurso y por ya hartos de la vida; si admite también a los que van por inocencia y porque nada conocen de ella, cómo no ha de admitir a los que conociendo el mundo y sin estar desengañados de él, se lo sacrifican por «convencimiento» y no por desengaño, con «conciencia» y no con inocencia de que lo mejor es enemigo de lo bueno? Nada sacrifica el desengaño que nada tiene, ni la inocencia que nada sabe; mas yo que sé y tengo, sacrifico, y donde hay sacrificio hay amor, y donde hay amor acude Dios a mantener en el corazón esas llamas semejantes a las del infierno en que arden siempre y no se consumen nunca!

«Esperar! Y quién espera al mañana ni le dice a Jesús que aguarde? Dijo Jesús a un joven que le siguiese.—Espera, Señor, contestó éste, a que entierre a mi padre.—Deja que entierren a los muertos, los muertos del siglo, replicó Jesús.

«La exaltación es un brote y no una base.—Convengo en ello. Pero yo no fuí nunca exaltado. Fuí siempre vehemente y constante; jamás varié en mis gustos, ni en mis simpatías, ni en mis opiniones, ni en mis amistades que hasta a la ingratitud resisten. Y entonces, por qué he ser ahora mudable? Acaso iba a ser en cosa de tanta importancia, lo que nunca fuí en cosas baladíes? No lo crea usted, mi buena amiga; ni crea tampoco que hay impremeditación en lo que se «dice» de repente, pero solo se «hace» después de largas oraciones, meditaciones profundas y consultas graves. Figúrese usted a qué grado habré llegado, no de exaltación, sino de frío convencimiento, cuando yo que soy, como usted dice, de natural apacible, carácter suave y amante de la familia, «medito, decido y pongo en práctica», arrancando de mi corazón de un solo esfuerzo todo lo que arranco, y salgo de mi casa, para no volver nunca, diciendo nada más que—adios—a la madre de mi alma.

«Y qué fuerte no debe de ser mi convencimiento, cuando hoy, después de hecho, pasado el calor, debiendo haber sentido ya el vacío de lo que dejo, no me arrepiento, ni tiemblo, ni me turbo, y se lo escribo a usted, mi buen Fernán, con los ojos enjutos, el corazón tranquilo y tranquilo también el pulso. Si mil veces tuviera que decidir, mil veces decidiría lo mismo.

«Le estoy escribiendo a usted desde las nueve y es ya la una y tengo que poner en limpio estos renglones porque van ininteligibles; renglones que van dirigidos, no a justificarme, que eso no lo hago ni con usted misma, y no por orgullo, sino por la indiferencia que me causa mi propia estimación. La de Dios me basta, porque sé que las alabanzas no me harán santo, ni los vituperios malvado: van dirigidos solamente a que «no me quiera usted menos» y se acuerde de mí siempre y rece por su joven amigo.

«Uno de los sacrificios que hago a Dios, y lo hago con la mayor tranquilidad, es el de mi estimación y de mi buena opinión. Para casi todos seré, por lo menos, hijo ingrato y egoísta—

ta; menos para Dios, que sabe que no lo soy, y para mi madre que no lo creería aunque lo fuese. Lo único que me mortifica en los juicios del mundo, y no por mí, sino por lo que puede perjudicar a alguien, es que se crea que no contento yo con «escribir» novelas, también las «hago», y sea mi determinación hija de algún melodrama sentimental. Ay mi buena amiga!, puesto que tantas personas, incluso mi madre, saben que usted era la depositaria de mis confianzas, le pido por Dios, por mí y por otras personas, que evite en lo que pueda la suposición de que mi historia sea otra sino la común, vulgar, trivialísima y miserable del pecador que se arrepiente; la del humilde hijo pródigo que vuelve a su buen Padre, para no separarse ya nunca, nunca.

«Adiós, mi anciana amiga. Es probable que no nos veamos más en esta vida; pero nos veremos en la otra, donde no será usted Fernán el admirable, sino Fernán el bueno, y donde hablaremos de una literatura celeste que tendrá a los ángeles por críticos. Le pido a usted su bendición como se la he pedido a mi madre, y como a ella se lo mandé, le mandaré a usted un abrazo, mañana, cuando pase por Sevilla camino ya de Francia.

«En este momento sí que se me escapan dos lagrimones que vienen aquí como despedida; tristes porque separan, pero serenos y tranquilos como están la conciencia y el corazón de su joven amigo.—Luis.»

M a n u e l C H A C Ó N S Á N C H E Z

JOSÉ ANTONIO

*Juvenil y animoso, con fé de iluminado,
Para salvar a España de su mortal caída
Y alcanzar el orgullo de verla redimida,
De la Cruzada santa él fué el Adelantado.*

*Puso ardor en los pechos, movió los corazones,
Y con la tea fúlgida de su fuego potente
Posó una llama viva en cada noble frente,
Y alumbró en cada alma un caudal de emociones.*

*Mas antes que el destino anunciara la gloria
De la Patria triunfante, dió su vida por ella
Colmando con su muerte la más digna victoria.*

*Y bendiciendo el signo de su gallarda huella,
Sus raudales de lágrimas toda la España vierte
En el triunfo glorioso de su triunfante muerte.*

J . M U Ñ O Z S A N R O M Á N

Ayuntamiento de Madrid

ROMANCE DE DON LUIS

Versión de Villaluenga del Rosario (Cádiz)

Compárese nuestra versión con la publicada por «Micrófilo» en «Un capítulo del folk-lore guadaicanalense» (Sevilla, 1891), reproducida por Menéndez y Pelayo («Antología de poetas líricos», t. X). Entre ambas—cuyo primer verso es igual al de otros romances completamente diferentes—existe una gran semejanza. El mismo «Micrófilo» publicó en la revista «El Folk-Lore andaluz» otra versión parecida, como «juego de rueda». Todas estas versiones—y otras del mismo estilo—, son, sin duda, caprichosas elaboraciones novelescas modernas—a veces de tema burlesco—soldadas a un viejo motivo—muy reiterado en España y América, y que no falta en Portugal—, de evidente origen trovadoresco. (Véase M. y P., ob. y t. cit., págs. 135 y 136). Nos encontramos aquí con otra muestra del fino instinto popular. Recordemos, como aclaración a esto que decimos, unas palabras de don Ramón Menéndez Pidal. Al recoger éste en su «Flor nueva de romances viejos» el romance «El pastor desesperado», subraya la semejanza que con este infeliz pastor tiene el Grisóstomo del «Quijote», «que muerto en desesperación de amor, manda que no le entierren en sagrado sino en el campo, con gran escándalo de los abades del pueblo»; y agrega: «Los versos de «no me entierren en sagrado» son repetidísimos, y aún más que en la península en América; tanto, que un autor río-platense, Santiago Maciel, ve en ellos encarnada la poesía de los exiguos cementerios de la región, «donde los pobres paisanos hallan reposo bajo la misma tierra que tantas veces hollaron en sus marchas cotidianas a través de la inmensa llanura». Ese imperativo deseo de enterramiento en lugar no sagrado, responde siempre a un hondo sentido de hosca resignación, de rebelde pesadumbre. Y con esto queda explicado por qué lo encontramos en versiones como las de Guadalcanal y Villaluenga. Porque aquí también el que muere, muere en trágico infortunio de amor.

P. PÉREZ CLOTET

ROMANCE DE DON LUIS

Una noche muy oscura,—de relámpagos y truenos,
ha salido don Luis— a visitar los enfermos.
Con las zapatillas blancas—y las medias coloradas;
y en la cinta del sombrero—lleva una pluma encarnada.
Al revolver una esquina—le han dado tres puñaladas;
y dónde vino a caer,—en la puerta de su ama.
—Ábreme, doña Polonia,—ábreme; doña del alma,
que vengo muy mal herido,—que me han herido hasta el alma.
—Quién te ha herido, don Luis?—¿quién te ha herido, don del alma?
—Unos cuantos caballeros—que se tapaban la cara.
Si yo llegare a morir,—no enterradme en campo santo;
enterradme en campo verde—donde paste mi ganado;
y en mi cabecera pon—mis espuelas y el caballo,
y en medio del corazón—un Jesús Sacramentado,
con un letrado que diga:—«Aquí murió un desgraciado;
no murió de calenturas,—ni de dolor de costado,
que ha muerto de puñaladas—que sus amigos le han dado.»

Ayuntamiento de Madrid

Allegro *Se Don Luis*
Moderato *se na no che muyos - eu - ra, se re -*
lám - pa - gos *True - nos, ha - sa - li - do don Lu - is - a vi -*
- ci - far los en. for - mos

Trascripción musical del maestro Alvarez Beigbeder.

No te tardes que me muero
 Carcelero,
 no te tardes que me muero.
 Apresura tu venida
 porque no pierda la vida,
 que la fé no está perdida.
 Carcelero,
 no te tardes que me muero,
 sácame desta condena
 que recibo muy gran pena
 pues si tardas me condena.
 Carcelero,
 no te tardes que me muero.
 La llave para salvarme
 ha de ser galardarme
 prometiendo no olvidarme.
 Carcelero,
 no te tardes que me muero.

Juan DE LA ENCINA

(1469-1529)

Ayuntamiento de Madrid

Literatura argentina

EDICIONES

HIPOCAMPO

Calle 60 - N.º 318

La Plata-Argentina

Dirigen: A. Cambours

Ocampo, Marcos Finge-

rit y Vicente Barbieri.

**«Poemas de la Pobreza y de la Muerte» de
Rainer María Rilke, aparecerá con la pri-
mera entrega de los «Cuadernos de Cénit».**

Alguien ha llamado a Rilke «el poeta en busca de Dios». Acertada o no la observación, puede decirse con seguridad del autor de «La leyenda de Amor y Muerte del Corneta Rilke», que fué un hombre en busca de su justo meridiano de espiritualidad. Toda la obra del gran lírico revela esa búsqueda profunda — ¿torturada y serena? — que le lleva, en algunos casos, a postergar, tras muchas correcciones y revisiones, la publicación de sus extraordinarios poemas. «Esta fatiga de irse pesadamente, trabajosamente, por lo que todavía no se ha hecho...», dice en una de sus poesías más conocidas. Y así fué toda su vida: soledad lucida, soledad del mundo, y trabajo de profunda vigilancia, corazón adentro.

Rilke — menos conocido sin embargo de lo que debía serlo — en todos los públicos cultos del mundo tiene un eco profusamente repetido.

Rainer María Rilke «uno de los poetas alemanes de los últimos decenios que mayor renombre ha alcanzado en los países neolatinos», al decir de Yolando Pino Saavedra, nació en Praga, el año 1875 y falleció el 29 de Diciembre de 1926. Dedicado en un comienzo a la carrera de las armas, poco tarda en abandonarla para dejarse llevar por su recóndita vocación de la poesía. Su concepto de la soledad y del «ir hacia Dios», se esboza ya en «Cartas a un joven poeta» y culmina en «Poe-

mas de la Pobreza y de la Muerte», obra lírica de exquisita sensibilidad que Ediciones Hipocampo dará en el número 1 de sus «Cuadernos de Cénit», por primera vez en castellano.

“NACARID MARY GLYNOR“, Tonos de Elegía, por Vicente Barbieri.

Las ediciones «HIPOCAMPO» anuncian la inminente aparición de uno de los primeros CUADERNOS DE NADIR, dedicado a un poeta lírico joven, Vicente Barbieri, autor de FABULA DEL CORAZÓN, de publicación reciente. Regida por la rosa y por el ángel, la poesía de Vicente Barbieri se mueve dentro de una atormentada zona íntima, y de esta zona de color dolido, nos da su voz, de único tono, encendido y puro. En este acendrado libro de alto valor lírico, su autor nos depara el conocimiento de aquellos elementos simbólicos que son la raíz y el aire y la esencia de su poesía: el ángel de ceniza y la rosa transparente; la azucena y el nardo, la encina y la hiedra, la manzana y el trébol; la noche, el viento y la estrella, y la mano de Dios, sombra constante. En este conocimiento de lo íntimo de Vicente Barbieri, lo íntimo trasvasado en símbolo, en hecho lírico, que nos lleva y predispone al fácil y maravilloso acercamiento a su nuevo poema, «Nacarid Mary Glynor», que editará bajo el signo de «HIPOCAMPO», en una bella y cuidada edición. Este poema, rememorativo de un acontecimiento espiritual, lleva como subtítulo «Tonos de Elegía» y por él discurren, como en un dulce río, los cristalinos nombres: Nacarid, Mary, Glynor. Poema de cálida belleza, de profunda y melancólica amargura, de renacido amor y vuelo inmenso, lo doloroso y lo oscuro se salvan siempre en la palabra clara, alta y madura. Este nuevo trabajo revela que el autor de «Fábula del Corazón», ha sabido entrar el aire de permanente luz y honda frescura, para la empinada rosa y el ángel de su poesía.

E l e n a

D U N C A N

BIBLIOGRAFÍA

POR

LUIS DE BARJA



“REVISTA ALEMANA”.—Hamburgo.—1939.

Llega a nosotros, el último número de esta magnífica revista, consagrada mensualmente—y con regularidad digna del más cálido aplauso—a España. Conocida es de antiguo la irreproachable presentación tipográfica en que la *Revista Alemana* aparece al público. No hay en ella ni un solo rincón en que falte la exquisita tonalidad gráfica, que tantos y tan distintos grupos de lectores le ha valido en todo el mundo. Unase a esta circunstancia, el tono clarísimo de sus palabras, en la que la técnica alemana ha puesto ya su más alta palabra, y la colaboración espléndida, técnica, literaria y variada, y se comprenderá bien claro nuestro justificado elogio. En este sentido, *Revista Alemana* ocupa un sitio de verdadera vanguardia dentro de las publicaciones de esta índole. En este último número, del que reproducimos su portada, se insertan muy notables trabajos, de firmas primerísimas.



“LAS FIESTAS DE SEVILLA”.—Revista de la Asociación de la Prensa de Sevilla.—1939.—Imp. Padura.

Del grupo periodístico sevillano, tan unido a las tareas de la prensa diaria, hemos recibido hace algún tiempo el número anual de su Revista. Colaboran en ella Pedro Pérez Clotet, Medina González, Rodríguez de León, Estefanía, Francisco Montero Galvache y José María Pemán. Varios dibujos de acusado aire moderno, y numerosas fotografías, completan este novísimo acierto publicitario de los periodistas sevillanos, a cuyo frente figuran dos de nuestros más destacados escritores de prensa, actuales: Juan María Vázquez, cronista taurino de verdadero valor literario, y Julio Estefanía, creador de aquellos «guiones» inolvidables de «FE».

Nuestra felicitación cariñosa a todos.

Ayuntamiento de Madrid



“EL MAGISTERIO ESPAÑOL”.—Publica, en su primera página, un autógrafo del Excmo Sr. Ministro de Educación Nacional, voz de alta jerarquía, que exalta la labor callada y heroica del Magisterio. Todo el número es un exponente magnífico de ese trabajo silencioso y sencillamente abnegado de los maestros españoles, digno de la atención y el apoyo decidido de los patriotas, en esta hora nueva y fervorosa, en que apunta el alba de una España mejor. De una España, que conceda a estos luchadores de la enseñanza, apóstoles de las generaciones venideras, toda la trascendencia que merece la dificultad y la gloria de esa misión ejemplar.

ACUSE DE RECIBO

“Servicio Mundial”.—Editor: A. Schirmer, Ing.—Frankfurt a Mairo (Alemania).—Postfch, 600 — Hojas de propaganda en seis idiomas.

“Il Poema dell'Impero”.—Por Giuseppe Cartella Gelardi.—Ed. l'Imponta.—Torino, pág. 757.—25 liras.—Colección de poesías acerca del Imperio italiano.

“Storia dell'Arte”.—Por Luigi Servolini.—Ed. Rapello Giusti - Livorno, pág 176.—7,50 liras.—Obra erudita, de gran preparación y muy interesante.

“Revista Femenina”.—Dirigida por Mercha Quintero y Tulia Restepo.—Medellín (Colombia).—Propaga las ideas del Instituto Central Femenino.

“La Tradición”.—Organo de difusión política.—Directores: Restrepo-Vallejo y Naranjo Villegas.—Medellín (Colombia).—Publica numerosos trabajos de polémica y de propaganda nacionalista y católica.

“Nueva España”.—Organo de F. E. T. y de las J. O. N. S.—Guayaquil (Ecuador).—En este número la gran revista suramericana, publica un artículo exaltando la fraternidad italo-española.

“Quadri di Poesie”.—Director: Mario Gastaldi.—Vía Vaolo da Cennobio, 24.—Milán (Italia).—Poemas de fino estilo, con notas complementarias de los últimos libros publicados en lengua italiana.

“La Revue Nationale”.—Director: Robert Merget. - 157, Avenue du Diamand-Schaerbek. — Bruselas.

“Viernes”.—Cuadernos poéticos.—Caracas (Venezuela).—Número correspondiente al mes de Septiembre último.—Verso y prosa; bien editado: exquisita dirección.

Ayuntamiento de Madrid

DE NUESTRO PROXIMO INDICE

PROSAS VIVIDAS.	<i>Juan Ruiz Peña.</i>
PAISAJE LITERARIO.	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
SANTA TERESA Y LA PRINCESA DE EBOLI . .	<i>Pedro Massa.</i>

PLIEGO POÉTICO

DE

ADRIANO DEL VALLE

EDITORES:

Francisco MONTERO GALVACHE

José María HERNANDEZ - RUBIO

y Pedro MONTERO GALVACHE

Queipo de Llano, 38.

Jerez (Cádiz) ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid